

Los escenarios urbanos

Unas condiciones más difíciles

Francisco Torres y

Albert Moncusí

Universidad de Valencia

Como en otros países europeos, la inmigración en España se ha concentrado en las ciudades y en las áreas urbanas. En 2004, el 74,4% de los extranjeros vivían en ciudades mayores de 20.000 habitantes, cuando ese porcentaje era del 65% entre los nacionales españoles (Simó, 2006). Más tarde, se ha mantenido la alta proporción de residentes urbanos extranjeros al tiempo que se ha dado una difusión en el conjunto del territorio con creciente presencia en municipios pequeños y áreas rurales. De acuerdo con los datos, la inserción urbana de los inmigrantes constituye una dimensión básica de su proceso de incorporación a la sociedad española y un factor muy relevante en las transformaciones de las ciudades españolas.

Se trata de un proceso conformado por factores y dinámicas de distinta escala, interrelacionados entre sí. Por un lado, a nivel de sociedad estatal operan factores estructurales, el mercado inmobiliario, el sistema social de acceso a la vivienda más extendido, así como factores institucionales y políticos, desde la normativa de extranjería a las políticas públicas en materia de vivienda y bienestar ciudadano. El contexto local constituye un segundo nivel de factores, la escala de la ciudad y/o área metropolitana en el que operan factores como la estructura económica y la estructura concreta de oportunidades, las desigualdades socioespaciales preexistentes y su plasmación territorial, el mercado local de la vivienda, el lugar que ocupa en los flujos, etc. Además, otro conjunto de factores hace referencia a los propios migrantes, sus características y sus estrategias de inserción, de acuerdo con sus proyectos, recursos, etc. Este conjunto de transformaciones tiene en los barrios de inmigrantes, aquellos que acogen un mayor número de nuevos vecinos y vecinas, un escenario privilegiado para captar las dinámicas sociales que se derivan de la vida cotidiana en estos espacios urbanos multiculturales.

Para acercarnos a la inserción urbana en España, el capítulo se estructura en tres apartados. El primero, “Territorios, ciudades y barrios”, muestra la heterogeneidad

de situaciones en las ciudades receptoras de inmigrantes a partir de un análisis multi-nivel. Se presenta, primero, una tipología de los diferentes territorios de recepción y asentamiento de inmigrantes a nivel de España ya que las ciudades se ubican en esos territorios compartiendo, a menudo, características y factores. Se destaca, en segundo lugar, el papel central de las áreas metropolitanas y de sus ciudades centrales como Madrid, Barcelona y otras, y se analizan las tendencias de movilidad residencial entre sus redes de ciudades. Del segundo nivel, las áreas metropolitanas, pasamos a un tercer nivel, la ciudad, del que se presenta la desigual distribución urbana de la inmigración y una tipología de barrios de inmigrantes que, con unas características u otras, son comunes a la mayoría de ciudades españolas. Se cierra este apartado con una sucinta comparación con otras sociedades de inmigración para destacar como, más allá de los porcentajes de concentración u otros valores numéricos para medir la inserción residencial de los inmigrantes, lo relevante en el caso español son las condiciones sociales de esa copresencia vecinal cotidiana. Así lo era antes de la crisis de 2007-2008; con mayor motivo, seis años después.

El segundo apartado lo dedicamos a las dinámicas de transformación de los barrios de inmigrantes, la convivencia y las relaciones interétnicas. Tomamos, para ello, los barrios de centralidad inmigrante y analizamos su conformación según dos grandes tipos. Por un lado, aquellos que ocupan espacios centrales de la ciudad respectiva como Lavapiés (Madrid), El Raval (Barcelona) y Russafa (Valencia); por otro, barrios obreros periféricos como San Cristóbal (Madrid), Ciutat Meridiana (Barcelona) y Els Orriols (Valencia) que en los últimos años han consolidado su centralidad inmigrante por su número de vecinos extranjeros, sus comercios y sus espacios de sociabilidad. Igualmente, se abordan las dinámicas de la convivencia que se gestionan con un uso común y tranquilo de los espacios y servicios públicos por los vecinos de unos y otros orígenes y una distante reserva en las relaciones más significativas. Esa copresencia tranquila no está exenta de estereotipos y prejuicios que tienden a identificar al inmigrante como un vecino indeseable.

Los impactos de la crisis en los barrios de inmigrantes, tercer apartado, se abordan desde una doble mirada. Por un lado, los aspectos más sociourbanos como el deterioro de la calidad residencial y del entorno barrial, en términos de equipamientos y servicios. Por otro lado, respecto a la convivencia, nuestro análisis muestra una doble dinámica contradictoria. El aumento de las tensiones sordas vinculadas a situaciones de competencia por recursos escasos al tiempo que se mantiene la convivencia tranquila como hegemónica y una coincidencia en iniciativas barriales. Aportaremos a esta doble mirada una aproximación etnográfica a dos barrios de Valencia como forma de captar los impactos de la crisis y las respuestas a ella en contextos cara a cara.

1. Territorios, ciudades y barrios. La inserción urbana de los inmigrantes en España

La distribución residencial de los novísimos españoles es, como ocurre con otras sociedades de inmigración, muy desigual. En el caso español podemos establecer tres

grandes áreas diferenciadas. En el centro, Madrid y su área de influencia económica y social, las provincias de Segovia, Toledo y Guadalajara. En la costa mediterránea la presencia de residentes extranjeros establece un corredor desde Girona hasta Málaga donde destacan por su proporción de extranjeros las provincias de Alicante, Málaga, Girona e Illes Balears, con gran importancia de los nacionales de la UE-15, y las provincias de Barcelona, Tarragona, Valencia, Murcia y Almería, con inmensa mayoría de inmigrantes extracomunitarios. La tercera área de asentamiento la constituye el llamado eje del Ebro, las provincias de Zaragoza, Navarra y Rioja, que cuentan con menor número de extranjeros que la zona centro o la costa mediterránea pero superior en proporción a la media estatal (Torres, 2011: 86 y sgs.).

Cómo muestra la experiencia internacional, los factores de asentamiento en estos territorios son diversos. En la medida que concentran la población y el dinamismo económico ofrecen, a priori, más oportunidades de trabajo que, sin embargo, dependerán de la estructura económica y demográfica de cada zona. Otro factor que refuerza la presencia de inmigrantes en determinadas áreas es la residencia previa de familiares, amigos y/o connacionales. Además, de acuerdo con el tipo de flujo migratorio se optará por unos territorios u otros. Así, en el caso español cabe distinguir entre los migrantes laborales y los migrantes residenciales que buscan mejorar su calidad de vida, sin desarrollar una actividad laboral, como los jubilados europeos. Igualmente, el lugar de llegada no siempre es el del asentamiento y hay provincias que, básicamente, se conforman como lugares de paso, como Ceuta, Melilla, Cádiz y, en menor medida, Las Islas Canarias (Pumares, 2006:128 y sgs.; Reher *et al.*, 2008; Torres, 2011)¹. Utilizando estos factores podemos establecer una tipología de los diferentes territorios de recepción y asentamiento de inmigrantes.

Un primer tipo de territorio lo constituyen las grandes áreas metropolitanas como Madrid, Barcelona, pero también Valencia y, en menor medida, Zaragoza, Bilbao y otras. Son territorios pioneros en la recepción de inmigrantes extracomunitarios, con gran dinamismo económico y una amplia diversificación productiva. Aunque Madrid y Barcelona han sido las grandes puertas de entrada, por sus aeropuertos transcontinentales, el conjunto de las áreas metropolitanas se han conformado como espacios de asentamiento y arraigo de los inmigrantes.

Un segundo tipo de territorios agruparía a las provincias y zonas que, sin constituir áreas metropolitanas, tienen un alto dinamismo económico y diversificación sectorial. En unos casos, la agricultura se combina con un tejido industrial –Navarra–, o bien con un potente sector turístico –Illes Balears–, o bien se da una combinación de estos tres sectores, Catalunya y País Valencià. La diversificación económica, las mayores oportunidades de itinerarios laborales y una mejor inserción residencial que en los “sitios de paso” han constituido estas zonas como espacios de asentamiento. Dentro de este tipo de territorios, en la costa mediterránea cabe distinguir entre las provincias

¹ Las políticas públicas aplicadas y el modelo autonómico de bienestar no parece que operen como factor explicativo de la desigual distribución territorial en el caso español. Las comunidades con mayores y más amplias prestaciones, como el País Vasco y Navarra, no han ocupado posiciones destacadas en la recepción de inmigrantes. Sin embargo, que éste no sea un factor importante en el momento de la llegada y primer asentamiento no quiere decir que no lo sea a efectos de movilidad.

netamente turísticas (Girona, Alicante, Illes Balears, Málaga e Islas Canarias), con un mayor peso del sector terciario vinculado al turismo y una presencia muy relevante de los nacionales de UE-15 –particularmente jubilados–, y el resto de provincias de Catalunya y el País Valenciano, donde la inmigración es básicamente laboral.

Un tercer tipo lo representan las áreas de agricultura intensiva en las provincias de Murcia, Almería, Huelva, y zonas concretas de otras provincias andaluzas. El monocultivo agrícola, la ausencia o la escasa importancia de otros sectores productivos, la segregación residencial y la relevancia de la infravivienda, han conformado a estas áreas como lugares de entrada que tienden a abandonarse para pasar a residir a otras provincias². Si en la inmensa mayoría de las ciudades españolas el modelo de inserción residencial ha sido la copresencia, con barrios multiculturales y espacios vecinales compartidos, en las ciudades y pueblos de estas áreas se ha dado una inserción segregada según la cual los autóctonos viven en mucha mayor proporción en los núcleos urbanos, mientras los inmigrantes se ubican en las pedanías y diseminados. Cuando se han limitado estos aspectos negativos, como ha ocurrido en Murcia, se ha modificado el carácter de “sitio de paso” y se constituyen también en lugares de asentamiento (Torres, 2011: 196 y sgs.).

Un cuarto tipo lo constituye la España interior y atlántica con una escasa presencia de inmigrantes, por debajo de la media estatal en todo el período considerado, y con situaciones muy diferentes como la intensa circulación de jornaleros inmigrantes en Castilla-La Mancha, la presencia de trabajadores portugueses en las provincias gallegas y castellanoleonesas colindantes con Portugal y la existencia de un tipo de inmigración en Galicia vinculada al retorno de antiguos emigrantes españoles.

1.1. Las áreas metropolitanas y sus movilidades

Entre todos estos territorios, destaca la importancia de las áreas metropolitanas conocidas administrativamente como Regiones Metropolitanas (RM) y las redes de ciudades que las conforman. El conjunto de las siete grandes áreas metropolitanas, Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Bilbao, Málaga y Zaragoza, acogieron el 43,5% de los 2.300.000 extranjeros que llegaron a España entre 2001 y 2005 (Fullaondo, 2007). Antes de la llegada masiva de inmigración, las grandes ciudades como Madrid y Barcelona y, desde mediados de la década de los años 90, Valencia y Sevilla conocían una pérdida suave de población como consecuencia de procesos de suburbanización y de metropolización. Gracias a la inmigración, sin embargo, la pérdida de población de las ciudades centrales se detuvo para aumentar posteriormente su vecindario, con una alta sobrerrepresentación de vecinos inmigrantes. Así, en 2009, los vecinos extranjeros representaban el 17,5% de la población de Madrid, el 18,1% de la de Barcelona

² Los otros sitios de paso los constituyen Ceuta, Melilla, Cádiz y –parcialmente– las Islas Canarias. Se trata de zonas de entrada irregular, con mayor representación de inmigrantes sin permiso de trabajo y/o residencia y que desean desplazarse a otros sitios de España, o Europa, para establecerse. Aunque se trata de un fenómeno sobredimensionado, con la imagen de la “avalancha” construida por los *mass media*, conforma un tipo de ciudades muy específico. Cádiz y sobre todo las Islas Canarias compaginan esta dimensión con otra turística.

y el 15,1% de la de Valencia (cuando suponían, ese mismo año, el 12% del total de residentes en España).

Las ciudades centrales han constituido, en buena medida, la principal puerta de entrada de las migraciones internacionales, particularmente Madrid y Barcelona, gracias a sus aeropuertos intercontinentales. Estas dos áreas metropolitanas han atraído a flujos diferenciados por origen. En Madrid y su área se instalaron el 23,4% de los extranjeros americanos y el 16% de los europeos llegados a España entre 2001 y 2005, mientras la Región Metropolitana de Barcelona acogía al 41,9% de los extranjeros asiáticos y el 16,9% de los africanos (Fullaondo, 2007)³. En términos generales, en el período del *boom* económico y migratorio las regiones metropolitanas españolas se caracterizaron por el aumento de la población de la ciudad central pero también por el aumento, en términos proporcionales muy superior al de la ciudad central, de la población total y de los vecinos inmigrantes en las ciudades y municipios de la primera corona. Se trata, en casi todos los casos, de ciudades obreras, fordistas, surgidas o conformadas para acoger la inmigración interior española de los años 60. Además, con menor intensidad, también se han reforzado las ciudades de la segunda corona metropolitana, más alejadas de la ciudad central, más pequeñas y con fenómenos de periurbanización (Fullaondo, 2007, 2009; Miret, 2009; Martínez y Leal, 2008; Bayona *et al.*, 2011). En términos generales, los inmigrantes han solido establecer su primera residencia en la ciudad central para, posteriormente, con una mejor inserción, más asentados y con mayores recursos, trasladarse a otras ciudades del área metropolitana, bien comunicadas y con una oferta de vivienda, equipamientos y entornos barriales de mayor calidad y a precios más bajos que en la ciudad central. Esta trayectoria residencial, bastante común, se modula de forma distinta según los colectivos y las ciudades.

La movilidad residencial en el interior de cada área metropolitana tuvo un crecimiento muy importante en el período 1999-2008, alcanzando su máximo en 2006, en la RM Barcelona y en la RM Sevilla, y en 2007, en las RM Madrid y Valencia, para decrecer rápidamente en 2008 (Bayona *et al.*, 2011). En este flujo residencial, la proporción de vecinos extranjeros fue muy alta hasta el punto de representar casi un cuarto del total de variaciones residenciales en el período⁴. Con mayor o menor intensidad y con distintas formas concretas según las ciudades, se pueden apuntar las tendencias ya señaladas: el papel de la ciudad central se combina con una mayor presencia en las áreas metropolitanas, que ganan vecinos españoles y extranjeros en muchos casos desde la ciudad central. En segundo lugar, los vecinos extranjeros se han añadido al proceso de

³ Por otro lado, el grado de metropolización y, por tanto, de concentración en referencia al conjunto del territorio español también varía según la procedencia geográfica. En el período 2001-2005 los inmigrantes asiáticos y americanos se asentaron en una de las siete regiones metropolitanas de forma muy superior, 73,9% y 51% respectivamente, a los inmigrantes africanos y europeos, un 38,2% y 32,5% del total respectivo (Fullaondo, 2007). En el caso de los inmigrantes africanos hay que considerar su importante inserción laboral en la agricultura. Los europeos presentan comportamientos muy diferenciados entre los jubilados nacionales de la UE-15 y otros países europeos, con una inserción muy dispersa en el territorio, en ciudades medianas y pueblos de la costa mediterránea, y los europeos del Este, con un grado de dispersión similar al de otros inmigrantes laborales.

⁴ En 2008, el año de máxima movilidad intrametropolitana del vecindario extranjero, los extranjeros representaban el 41,3% de la movilidad intrametropolitana de la RM Barcelona, el 39% para la RM Madrid y el 28,2% para Valencia (Bayona *et al.*, 2011).

suburbanización y metropolización que ya caracterizaba la movilidad residencial de sus vecinos españoles. Las razones para unos y otros son muy similares: encontrar en el área metropolitana una vivienda y un entorno barrial de una calidad que no puede pagarse en la ciudad central. Esta movilidad residencial ha adoptado formas distintas según la nacionalidad. El vecindario extranjero se suele trasladar de la ciudad central a las ciudades y/o municipios de la primera corona, particularmente a las ciudades intermedias donde existen tramas de vivienda accesible. A su vez, el vecindario español emigra en mayor proporción desde las ciudades centrales y los municipios más grandes a su alrededor a municipios más pequeños y alejados. Por último, a partir de 2008, con los primeros impactos de la crisis económica, los evidentes problemas de la burbuja inmobiliaria y el aumento del paro, la movilidad residencial se detuvo, primero, para reducirse drásticamente más tarde⁵.

1.2. Los barrios de inmigrantes en España. La creciente relevancia de los barrios periféricos obreros

En las ciudades españolas los inmigrantes se han distribuido desigualmente en una pluralidad de barrios según factores socioeconómicos, urbanos y étnicos. Podemos establecer tres tipos de barrios de inmigrantes, entendiendo por tales aquellos que concentran una mayor proporción de nuevos vecinos: los barrios más populares y modestos de los centros históricos, algunos barrios populares semicentrales y barrios obreros periféricos (Torres, 2011: 191 y sgs.). Estos tipos de barrios si bien tienen rasgos comunes, conforman contextos locales específicos, tanto social como urbanísticamente, y presentan unas tendencias distintas en el último período.

Los barrios populares de los centros históricos han constituido, en muchas ciudades, los barrios de primera llegada y asentamiento. En ciudades como Madrid y Valencia, con centros urbanos heterogéneos socioeconómicamente, la inserción de los inmigrantes ha seguido la separación de clase. Los inmigrantes viven en los barrios más populares del centro, Embajadores (Lavapiés), Sol y Universidad en Madrid; El Pilar y El Mercat, en Valencia, y están ausentes de los *beaux quartiers* donde, en todo caso, tienen una presencia invisible como servicio doméstico. En otros casos, como Barcelona, el centro histórico se ha conformado como un espacio de inmigración en su conjunto que, a lo largo de décadas, ha constituido la puerta de entrada y el espacio de asentamiento de las sucesivas oleadas de inmigrantes⁶. Se trata de barrios populares, en muchos casos

⁵ En los últimos años se ha dado una drástica reducción de la movilidad residencial en España, tanto para españoles como para extranjeros. No afecta solo a las grandes ciudades. Si normalmente se cambia el domicilio por mejorar el trabajo y/o la vivienda, la crisis disminuye las oportunidades e incentivos para una cosa y otra. Véase el capítulo de movilidad, en este mismo volumen.

⁶ Una tipología similar a Madrid y Valencia presentan París, Milán y Turín. La centralidad acentuada de Barcelona remite más al caso de Lisboa. Véase para París Guillon (1995), Simon (1998) y Barou (1999), y para las ciudades europeas sureñas, como Milán, Turín y Lisboa, Arbaci (2008). Entre las ciudades españolas, Bilbao presenta similitudes y diferencias con el caso de Barcelona. Bilbao, con un 6,20 % de vecindario extranjero en 2007, presentaba una inserción urbana de los inmigrantes económicos muy focalizada en el centro de la ciudad, con barrios como San Francisco (27,8%) y Bilbao la Vieja (15,1%). Sin embargo, esta pauta es la contraria a la seguida por las migraciones anteriores, los españoles de los años 60, que se instalaron de forma mayoritaria en barrios periféricos y en el extrarradio (Blanco, 2009).

con tradición artesanal y comercial, con tramas de viviendas antiguas y baratas. Estos barrios vieron su situación degradarse aunque, desde mediados de los años 80, han conocido una relevante terciarización con la instalación de centros administrativos, culturales y comerciales y un proceso, muy desigual según las ciudades, de renovación urbana y suave gentrificación. En los últimos años, con la notable excepción de El Raval en Barcelona, el número de vecinos extranjeros residentes en estos barrios se ha reducido o estancado; igualmente, su importancia relativa en la distribución del vecindario extranjero en la ciudad ha disminuido. Esta reducción relativa de los vecinos inmigrantes en los centros históricos obedece a que la trama de vivienda barata en estos barrios estaba ya colmatada y que, por otro lado, se ha ido reduciendo lenta pero progresivamente con el proceso de renovación urbana. Además, a medida que avanza se substituye una parte del vecindario más modesto, autóctono o inmigrante, por otros con mayores recursos (profesionales, turistas, jóvenes).

Un segundo tipo de barrio de inmigrantes lo constituyen los barrios populares semi-centrales como Almendrales y Pradolongo, distrito de Usera, y Puerta del Ángel, distrito La Latina, en Madrid; Poble Sec y, parcialmente, Eixample Dreta y Eixample Esquerra en Barcelona; y Russafa, La Roqueta y otros en Valencia. Estos barrios comparten varios rasgos con los barrios de inmigrantes del centro histórico como una trama de vivienda barata, tradición artesanal y comercial con numerosos bajos, buenas comunicaciones pero –a diferencia del centro popular– con mayor heterogeneidad socio-económica del vecindario, trabajadores y profesionales modestos. En varios casos, su cercanía al centro histórico y el mayor valor otorgado a esta nueva centralidad están propiciando procesos de renovación con una lenta tendencia a la substitución de vecinos de rentas más bajas por otros más acomodados.

El tercer tipo de barrio de inmigrantes se ubica en la periferia obrera, como San Cristóbal, distrito Villaverde, San Diego y Numancia, distrito Puente de Vallecas, en Madrid; Trinitat Vella y Meridiana-Vallbona en Barcelona, y Els Orriols, La Font Santa y Nazaret en Valencia. Se trata de barrios con amplias zonas de vivienda VPO de los años 60, levantadas para acoger a los migrantes españoles y erradicar el chabolismo. En todos los casos, con mayor o menor intensidad, se ha dado un proceso de substitución étnica por el cual sus propietarios, los antiguos migrantes españoles, han valorizado su propiedad vendiéndola y/o alquilándola a los inmigrantes, lo que les ha permitido, a su vez, trasladarse a viviendas de más calidad (en el propio barrio o en otros barrios de la ciudad o su área metropolitana). Los vecinos inmigrantes en estos barrios no adquieren relevancia hasta el primer tercio de la década del 2000, para aumentarla rápidamente con los procesos de colmatación de los centros populares. En los últimos años, los barrios obreros periféricos han sido los que más han aumentado, proporcionalmente, su número de vecinos extranjeros. En la actualidad, tanto en Valencia como en Madrid, son barrios obreros periféricos los que presentan mayor proporción de vecinos extranjeros de toda la ciudad, a diferencia del pasado reciente, cuando este *ranking* lo encabezaban barrios del centro histórico⁷. Además, algunos de estos barrios de inmigrantes

⁷ En 2011, San Cristóbal, barrio obrero periférico del distrito de Villaverde, tenía la mayor proporción de vecinos extranjeros de Madrid, el 39,7% de su vecindario, desplazando al histórico barrio de Embajadores (Lavapiés) a la cuarta

se han conformado como barrios de “centralidad inmigrante” por la concentración de comercios, lugares de culto y espacios de sociabilidad en ellos ubicados. Suponen, por tanto, un nodo de relaciones y movibilidades para una parte del vecindario inmigrante que modifica el “mapa” de la ciudad respectiva.

A pesar de la diversidad que encontramos entre ciudades y entre barrios dentro de cada ciudad, podemos señalar algunos aspectos comunes de nuestros barrios de inmigrantes. A diferencia del barrio étnico de la tradición anglosajona⁸, los barrios españoles receptores de inmigrantes son barrios multiculturales dada la coresidencia de vecinos autóctonos e inmigrantes de una amplia diversidad de orígenes. En ellos, los vecinos españoles son mayoría, aunque el número, significación y actividades (comercios, locales de culto, espacio de sociabilidad específica) de determinados colectivos de inmigrantes puedan llegar a otorgar “carácter” al barrio o a una parte del mismo⁹. Además, dada esta copresencia residencial, todos los vecinos utilizan los espacios públicos como parques, jardines y paradas de autobús, así como los generados por los servicios públicos territorializados como los colegios públicos, los centros de salud y/o de servicios sociales. De este modo, como ocurre también en otros países de Europa central¹⁰, la copresencia residencial constituye la base material para una coincidencia diaria en la vida cotidiana en espacios y servicios significativos de la vida local.

Estos barrios populares, conformados como barrios de inmigrantes en las dos últimas décadas, comparten otros rasgos. Se trata de núcleos que arrastran, desde los años 70, procesos de degradación –los barrios centrales– o clamorosos déficit de equipamientos básicos, los barrios periféricos. Los barrios centrales y semicentrales han conocido, con mayor o menor intensidad, procesos de terciarización y renovación urbana y, en términos generales, el entorno barrial y los equipamientos han mejorado. Respecto a los barrios obreros periféricos, los Ayuntamientos realizaron diversas actuaciones en equipamientos básicos, como centros de servicios públicos, infraestructuras y conexión con el resto de la ciudad, desde el inicio de los años 80 hasta mediados de los años 90 (Blanco y Subirats, 2011). Más tarde, se consideró saldado el retraso franquista y

posición, con un 32,6% de vecindario extranjero (Observatorio Migraciones Madrid, 2011). En ese mismo año, el barrio obrero periférico Els Orriols era el barrio de Valencia con mayor número, absoluto y proporcional, de vecindario extranjero, el 27,2% del total. Otros barrios centrales y semicentrales, con más tradición de vecindario inmigrante, como El Mercat, Russafa o La Roqueta, tenían porcentajes del 16,6%, 15,7% y 20% respectivamente (Torres y Moncusí, 2012).

⁸ En la tradición de la escuela de Chicago, el barrio étnico designa el área de la ciudad en la que se concentraban los inmigrantes del mismo origen, sus comercios, sus lugares de culto y/o locales comunitarios. El barrio étnico se conforma como un espacio homogéneo, propio y específico del grupo, habitado por los primeros inmigrantes y que sus hijos o nietos abandonaban como expresión residencial de un proceso de inserción social más amplio (Torres, 2011: 176 y sgs.).

⁹ Tanto en Madrid como en Valencia, ningún barrio acoge más del 10% del total de los vecinos inmigrantes del mismo origen, con la excepción del vecindario bangladesí de Madrid, el 75% del cual vivía en Embajadores en 2007 (Observatorio Migraciones de Madrid, 2007). En el caso de Barcelona, son colectivos asiáticos como pakistaníes y filipinos los que mantienen altos niveles de concentración en Ciutat Vella, 42,5% y 60% respectivamente, a pesar de los años de residencia, mientras que otros grupos han adoptado modelos de dispersión residencial (Bayona, 2007; Miret, 2009; Martori y Aparicio, 2011; Arbaci y Tapada, 2012).

¹⁰ En Europa los grados de concentración son muy diversos, mayores en Gran Bretaña que en la Europa continental. En Francia, la cohabitación de franceses e inmigrantes caracteriza tanto los barrios inmigrantes centrales de París, como Boulevard Barbés (la Goutte d’Or), Choisy y Belleville, como las *banlieues* connotadas negativamente. En la capital francesa no se puede hablar de “segregación entre la población extranjera y la población francesa [...] están presentes en cada barrio [...] es en términos de mosaico como se puede describir la situación” (Guillon, 1995:157).

las prioridades del urbanismo neoliberal centrado en los grandes proyectos y grandes eventos, el surgimiento de nuevos barrios –muchos de ellos de clase media– y las grandes infraestructuras de comunicación, han relegado las necesidades de los barrios populares a un segundo plano en las prioridades de la política municipal (Blanco y Subirats, 2012; Díaz Orueta, 2013).

Son precisamente estos barrios populares los que han conocido una mayor incidencia de vecinos inmigrantes con un doble impacto. Por un lado, han aumentado la proporción de su vecindario con una situación socioeconómica vulnerable que, en los años del *boom* económico, se paliaba con el trabajo abundante y la actividad laboral de varios miembros de la familia. Por otro lado, los servicios públicos ubicados en estos barrios han tenido que atender a una población más numerosa, más vulnerable y con necesidades específicas, con los mismos recursos, económicos y profesionales, con que contaban en el pasado. Más tarde, estos centros públicos, al límite de sus capacidades, han padecido el recorte general de gasto público derivado de la política de austeridad aplicada frente a la crisis.

1.3. Diferencias y similitudes con otras sociedades de inmigración

En las últimas décadas las ciudades occidentales, entre ellas las españolas, han conocido fuertes tendencias a una mayor fragmentación socioespacial por razones de clase, edad, género, grupo étnico, etc. Las largas décadas de urbanismo neoliberal hegemónico, con el espacio urbano como mercancía y la prioridad del beneficio privado sobre el derecho a la ciudad, han generado, entre otros efectos, un aumento de la desigualdad socioespacial y de la precariedad urbana (Borja y Castells, 1999; Harvey, 1989; Theodore, Peck y Brenner, 2009). En este marco general de ciudades más fragmentadas no existe un diagnóstico común sobre la relevancia de la segregación étnica y, en el caso que nos ocupa, de los inmigrantes y sus descendientes.

Unos autores, como Borja y Castells, destacan la segregación como una tendencia inevitable derivada de la globalización y de la creciente dualización social. En su opinión, “las ciudades europeas están siguiendo, en buena medida, el camino de la segregación urbana de las minorías étnicas característico de las metrópolis norteamericanas” (Borja y Castells, 1999: 126). Otros autores, como Wacquant (2001, 2007), destacan que si bien se dan lógicas estructurales comunes que alimenta la nueva precariedad urbana, los espacios urbanos segregados norteamericanos y europeos mantienen diferencias notables. Los estudios de segregación geográfica muestran que en las sociedades del centro y norte de Europa los índices de concentración étnica residencial son menores que los norteamericanos. Estas diferencias se atribuyen, con bastante acuerdo, a las diferencias entre los centros urbanos, los tipos de ciudad y el distinto papel de los promotores privados, hegemónico en el caso norteamericano, y de los operadores públicos, en el caso europeo. Esa incidencia en lo público remite al modelo social europeo con un sistema generoso de coberturas, amplio parque de vivienda social y programas contra la “desventaja” social (Amersfoort, 1990; Musterd y Winter, 1998; Alvergne y Coffey, 2000; Arbaci, 2008).

Además, dentro del marco europeo, distintos autores destacan las especificidades de la Europa del Sur. En 2002, Malheiros destacó que, por diferencias de flujos migratorios y contexto sociourbano, las ciudades sureuropeas tenían menores concentraciones residenciales de inmigrantes que las ciudades centroeuropeas pero con peores condiciones de vivienda y habitabilidad (Malheiros, 2002). Posteriores estudios ratificaron que la inmigración que acabada de instalarse en las ciudades del sur de Europa presentaba menores índices de segregación y mayor grado de suburbanización pero peores y más pobres condiciones de habitabilidad que en las ciudades centroeuropeas (Arbaci, 2008; Arbaci y Malheiros, 2010). A diferencia de Centroeuropa, el alto número de propietarios en todo el espectro social, la baja movilidad residencial, los patrones de suburbanización, la escasez de alquiler y la pronta saturación de los barrios centrales de recepción de inmigrantes, han facilitado una inserción más dispersa de los inmigrantes en la trama fragmentada de vivienda modesta y barata de las ciudades del sur de Europa. La mayor precariedad residencial se explica tanto por tratarse de una migración mucho más reciente que la asentada en Centroeuropa como por la reducidísima actuación pública en materia de vivienda y un régimen de bienestar muy familiarista¹¹.

De este rápido repaso se podrían destacar algunos puntos de interés para nuestra mirada sobre el caso español. Se ha debatido mucho sobre los efectos sociales, incluyentes o excluyentes, que se atribuyen a la dispersión o la concentración residencial. Una opinión muy poderosa, que conforma el sentido común sobre el tema, identifica la dispersión residencial con mejor situación socioeconómica y de integración y suele connotar las concentraciones étnicas negativamente, tanto socialmente como en términos de interrelación con el resto del vecindario¹².

La correlación que suele establecerse entre dispersión residencial, asimilación y mejora socioeconómica, se ve desmentida por los hechos. En el caso norteamericano, se dan casos de aculturación sin integración económica ni social y sin dispersión territorial, como los afroamericanos, pero también de movilidad social ascendente, integración social e institucional con un alto nivel de concentración residencial, como los vecinos judíos de Nueva York y de Montreal (Portes y Zhou, 1995; McNicoll, 1993). En el caso europeo, la dispersión espacial no siempre puede considerarse un indicador de aceptable inserción social, como muestra la inserción urbana de los inmigrantes en las ciudades del sur de Europa, con una distribución más dispersa pero con peores condiciones de habitabilidad.

A menudo, los términos de concentración y de segregación se utilizan como intercambiables cuando no idénticos. Sin embargo, conviene distinguirlos. Concentración residencial implica una sobrerrepresentación relativa en un barrio de la ciudad, en una trama urbana

¹¹ En la Europa del Sur, el llamado régimen de bienestar mediterráneo compensa las limitaciones del Estado social con el apoyo familiar que deviene clave en temas como el acceso a la vivienda (Esping-Andersen, 2000). Un apoyo que, en el caso de los inmigrantes, suele ser bastante más limitado dados sus escasos recursos económicos y que buena parte de las familias continúa viviendo en origen.

¹² Esta opinión se nutre de la popularización simplificada de los postulados de la Escuela de Chicago y de los estudios de segregación, así como del impacto que tienen, a partir de los 80, los conflictos urbanos etnificados en Europa y Estados Unidos, a partir de los años 80, y que se identifican con escenarios sociourbanos como la *banlieue* francesa, y los *inner-city* anglosajones y los *ghetos* norteamericanos, y que parecen validar el recelo hacia las concentraciones étnicas y/o raciales (Musterd y otros, 1998; Van Kempen y Özüekren, 1998). Para el debate sobre este sentido común véase Torres (2011: 173 y sgs.).

o un espacio público. Segregación residencial evoca “a la vez, la separación física y la distancia social” (Schnapper, 1998: 201). White (1983) distingue dos aproximaciones a la segregación, la geográfica, la desigual distribución espacial en la ciudad, y la sociológica. En su sentido sociológico, segregación urbana remite a una concentración espacial en un espacio más o menos degradado, social y urbanísticamente, que estigmatiza a sus habitantes y, al mismo tiempo, los asigna a ese espacio y a una posición social subalterna en diversas dimensiones de la vida social como consecuencia de prácticas y lógicas de relegación (Torres, 2011: 178 y sgs.). Además, hay que subrayar, la segregación urbana es una construcción social en la que interviene, de forma decisiva, la sociedad de recepción. Dicho de otra forma, no nos deben preocupar tanto los índices de concentración de inmigrantes como las condiciones sociales de los barrios que los agrupan, su participación en los procesos sociales que conforman la ciudadanía local, el marco general social general y las dinámicas, más inclusivas o más excluyentes, que se generan.

Resumamos, para finalizar, los rasgos más significativos de la inserción urbana en España. Como ha ocurrido en otras sociedades europeas, la inmensa mayoría de la migración laboral que hemos recibido ha tenido una inserción urbana, en una diversidad de ciudades de más de 20.000 habitantes. Estas ciudades se inscriben en marcos socio-territoriales más amplios, con características específicas¹³. Las Regiones Metropolitanas y sus ciudades centrales han tenido un papel central en la recepción y asentamiento de inmigrantes, pero no agotan la diversidad de territorios y redes de ciudades receptoras de inmigración. En términos muy generales, podemos señalar tres aspectos.

En comparación con Europa Central, Estados Unidos y otras sociedades occidentales de inmigración, la inserción residencial de los extranjeros en las ciudades españolas, al menos en las Regiones Metropolitanas, presenta niveles de concentración inferiores aunque su calidad residencial, en acceso y condiciones de habitabilidad, también lo sea. Al menos, desde este estándar comparativo básico, la tendencia preocupante no es la concentración residencial de los inmigrantes sino las condiciones de dicha residencia y de sus entornos barriales.

Los barrios españoles de inmigrantes, a diferencia del modelo de barrio étnico de la tradición anglosajona y de forma similar a Centroeuropa, son barrios multiculturales donde los vecinos españoles son mayoría pero con vecinos de una amplia diversidad de orígenes, con una trama de vivienda modesta y obrera, de relativa antigüedad y escasa calidad. En muchos de estos barrios, los inmigrantes han reemplazado a los autóctonos que han conocido una movilidad social ascendente. Aunque en no pocos casos se mantengan deficiencias de servicios y dotaciones, no podemos calificar a estos barrios de marginales o de espacios segregados por su situación socioeconómica y urbana. Antes de la crisis, se trataba de barrios populares y heterogéneos, dinámicos y en proceso de transformación, en muchos casos, de la mano de los nuevos vecinos, e insertos en la trama de la ciudad¹⁴.

¹³ Entre otros factores se ha considerado la concentración de población y actividad económica, estructura productiva, comunicaciones internacionales y nacionales, proporción de inmigrantes y tipología de estos.

¹⁴ Esta sería la situación de los barrios de inmigrantes que hemos comentado en el caso de Valencia, como Russafa, Els Orriols o Camí Fondo, o los de Barcelona, desde Raval hasta los más recientes de Poble Sec, Trinitat Vella o Ciutat Meridiana.

En el caso español, los barrios de segregación urbana con alta presencia de inmigrantes han sido muy minoritarios y responden a dos perfiles muy distintos. Uno, el antiguo barrio obrero en proceso de degradación, con alta incidencia de paro, pérdida de vínculos sociales y otros problemas que la llegada de los nuevos vecinos tiende a agudizar. El ejemplo de este tipo de escenario urbano, muy similar a determinadas *banlieue*, sería Ca N^o Anglada –barrio de Terrasa– a finales de los años 90 o parte del centro urbano de Salt a finales de los años 2000. Otro tipo de barrio segregado corresponde a barrios marginales históricos, habitados por gitanos y “payos”, marcados por la segregación y el trapicheo, donde los inmigrantes con menores recursos, básicamente marroquíes y subsaharianos, han sustituido a los autóctonos que han podido abandonar el lugar¹⁵.

2. Los escenarios urbanos multiculturales

2.1. Centralidades inmigrantes en España. Dos tipos de barrios

Algunos de los barrios de inmigrantes de nuestras ciudades pueden calificarse de “centralidad inmigrante”, aplicando el concepto acuñado por Toubon y Messamah (1991). Se trata de barrios o de zonas del barrio donde la presencia acumulada de personas de origen extranjero, de servicios dirigidos a ellas y/o de espacios públicos frecuentados por ellas, conforman una “centralidad inmigrante”. Vecinos del barrio y vecinos de otros barrios encuentran en sus calles, sus comercios y sus parques, un entorno comunitario. Podemos diferenciar dos grandes tipos de estos barrios: centrales y semicentrales y barrios periféricos¹⁶.

Los barrios centrales y semicentrales se encuentran en el centro de la ciudad o cerca de ella y han sido los más estudiados. Podemos destacar, por ejemplo, Lavapiés (Madrid), el Raval (Barcelona) o Ruzafa (Valencia). Cuatro rasgos los caracterizan: historia y ubicación en el imaginario urbano; precarización; revalorización y revitalización; y diversificación de población con un componente étnico y otro de gentrificación y “boburguesamiento”¹⁷. El primer rasgo, historia e imaginario urbano, es el que más distingue los barrios centrales de los semicentrales. El Raval y Lavapiés, por ejemplo, acogieron inmigrantes ya en el siglo XIX y muchos de ellos protagonizaron movilizaciones obreras y republicanas en el XX. Elementos de marginalidad, historia obrera

¹⁵ Este tipo de espacios ha redoblado su estigmatización como espacio marginal, ahora con áreas gitanas y “moras” con una coexistencia más o menos tensa. Este sería el caso de una parte del casco antiguo de Cartagena; del barrio de Los Rosales, en Murcia (Torres y Meier, 2008); del Parque Ansaldo, en Alicante, hasta su demolición (Martínez Veiga, 1999; Sempere y Cutillas, 2009), de El Puche, en Almería, o La Coma, en Paterna (Valencia). Estos barrios se habían conformado como espacios marginales y segregados antes de la llegada de los inmigrantes.

¹⁶ En línea con el sentido común que hemos comentado, esta centralidad suele interpretarse como problemática. En palabras de De la Haba y Santamaría (2004), opera una razón espacial que diluye lo social mediante tres operaciones: asociar concentración con “guetos” y problemas, considerar esencialmente positiva la mezcla, y plantear soluciones técnicas y en especial urbanísticas.

¹⁷ “Boburguesamiento” es un término cuyo uso proponen Ávila y Malo (2007), como derivado español del término “Bobo” -“bourgeois bohème”. Este último fue difundido por Brooks (2001) para referirse a una élite con formación superior y ocupaciones en el sector cultural y/o la sociedad de la información que compartían valores comunitaristas, ecologistas e inquietudes intelectuales. El “boburguesamiento” sería un componente de la gentrificación protagonizado por esos nuevos residentes.

y popular, aderezados con bohemia han configurado un imaginario de estos barrios que los significa en la ciudad. La precarización constituye un segundo aspecto, visible en el deterioro de un parque urbano antiguo, ubicado a menudo en estrechas calles y con zonas degradadas. La precariedad es también patente en datos como paro, nivel formativo, renta per cápita o asistencia a servicios sociales. Un tercer rasgo común son los procesos de regeneración urbana, diferentes según las ciudades, con reforma de viviendas, remodelación de calles y plazas, e instalación de equipamientos. Han sido intervenciones controvertidas. El Raval, por ejemplo, experimentó con el PERI de 1985 la remodelación de calles y viviendas y, más adelante, la apertura de espacios públicos e instalación de equipamientos culturales (MACBA, FAD y CCB, entre otros) en una línea de esponjamiento que ha buscado establecer puntos que airearan la trama (Maza y otros, 2002). Las intervenciones no han estado exentas de críticas, aunque han despertado menos protestas sociales que en otros barrios de Ciutat Vella (Tapada-Berteli y Arbaci, 2011). Por su parte, Lavapiés ha experimentado también importantes intervenciones. Desde que en 1997 fuera reconocido como área de rehabilitación preferente, se mejoraron infraestructuras y se erigieron equipamientos culturales (sede y biblioteca de la UNED, auditorio del INAEM, centro cultural Casa Encendida, Centro de Artes Reina Sofía o Centro cultural Tabalera). Las rehabilitaciones fueron dirigidas más a turistas y consumidores de clase media que a los residentes del barrio, que habían solicitado en vano un nuevo centro de salud y la construcción de nuevos centros educativos. En el barrio ha habido oposición por parte de grupos contra estas intervenciones como parte de su lucha anticapitalista y/o antiglobalización (Díaz Orueta, 2007).

Estos cambios urbanísticos van acompañados de otras intervenciones. En varios casos se produce un proceso de securitización con instalación de cámaras en las calles o aumento de presencia policial (Ospina, 2003; Maxen, 2012). Esa presencia, a la vez, extiende a los barrios el control de la inmigración. En el Raval se han observado controles selectivos a personas, por los rasgos de la piel (Gutiérrez *et al.*, 2011) e igualmente se han visto en Lavapiés. Aunque la presencia policial pueda ser vista por parte de los vecinos como una aportación en pro de su propia seguridad, puede acabar contribuyendo a la estigmatización a la que se ven expuestos algunos barrios (Ávila y Malo, 2007). Como veremos más adelante, en otros casos, las políticas han perseguido ordenar la vida en el barrio o incidir en las condiciones de vida a través del diálogo (Maza y otros, 2002) y con intervenciones de carácter social.

El cuarto elemento característico de los barrios centrales y semicentrales es la diversificación de su población en cinco sectores de vecinos¹⁸ que mantienen distinta relación con el barrio: 1) habitantes “de toda la vida”; 2) vecinos pendulares¹⁹ que viven fuera del barrio pero regresan periódicamente a él; 3) activistas de movimientos

¹⁸ Esta propuesta la elaboramos a partir de las tipologías de Gómez (2006) para Lavapiés, Rius (2008) para el Raval y Hernández y Torres (2013) para Ciutat Vella en Valencia. Los sujetos se pueden incluir en una u otra categoría según su tiempo de residencia en el barrio, su mayor o menor identificación con el mismo como propio, su nivel cultural y económico, la constitución de experiencias y contextos comunitarios en los que son clave la sociabilidad y los espacios públicos y sus distintas expectativas para con el barrio.

¹⁹ Hernández y Torres (2013) se refieren a este tipo de vecinos como antiguos residentes o sus descendientes que viven fuera de El Carme, El Mercat, Russafa y otros barrios de Valencia, pero que regresan para acudir a la comisión fallera u otra asociación festiva con lo que mantienen su relación con el barrio.

sociales, particularmente presentes en Lavapiés; 4) migrantes extranjeros de estrato social bajo o medio-bajo; y 5) profesionales, solteros o parejas jóvenes con o sin hijos, con nivel económico y cultural. Unos y otros tipos de vecinos tienen distinta relación con el barrio, diferentes usos de sus espacios y distintas redes de sociabilidad. El factor étnico ha contribuido a esta pluralidad social de dos formas. En primer lugar, desde finales de los años 90 ha habido un incremento de población extranjera de ingresos modestos atraída por las viviendas antiguas a buen precio, la instalación de paisanos y/o la oferta de trabajo. No suele predominar ninguna nacionalidad y, con el tiempo, ese incremento se ha detenido. Una excepción es el Raval, donde, en 2013 un 50,7% de los vecinos del barrio era extranjero, cuando en Barcelona era del 17,7% en 2008, con una alta concentración de pakistaníes (11,9% del barrio), seguidos de filipinos (9%). Mientras la ciudad ha perdido un 0,23% de población de nacionalidad extranjera desde 2008, el Raval ha aumentado esa proporción en 2,72 puntos. En contraste, en Embajadores (barrio que incluye Lavapiés) no hay concentraciones significativas de ningún colectivo y la población extranjera ha retrocedido un 24,6% entre 2008 y 2014, con especial protagonismo de la población ecuatoriana, 74,6% de reducción. Junto a ello, han aumentado los vecinos extranjeros de la UE de la mano del proceso de rehabilitación y revitalización urbana (Riesco, 2010). El descenso de extranjeros, aunque moderado, ha sido mostrado también por Torres y otros (2013) para Russafa.

La presencia de negocios étnicos y de centros de culto de distintas confesiones completa la centralidad inmigrante en estos barrios. Los negocios étnicos siguen una prolongada tradición de pequeño comercio familiar y de negocios mayoristas, con fórmulas diversas según la mercancía y el colectivo. En todos los casos los negocios constituyen microespacios de sociabilidad. En el Raval, destacan los negocios de paquistaníes y filipinos y la presencia del islam es particularmente significativa. Según el Ayuntamiento, en 2012 el 45% de las mezquitas y oratorios de la ciudad se encontraban en Ciutat Vella. En el polideportivo del Raval se organizan las fiestas *Id al-fir*, fin de Ramadán, y *id al-kebir*, a las que acuden muchos musulmanes de la ciudad. En el caso de Lavapiés, el barrio tiene numerosos comercios étnicos y el mercado del rastro es punto de encuentro para extranjeros vecinos de Madrid y del área metropolitana. Varias empresas tienen sedes en otros barrios y otras ciudades, lo que proyecta la centralidad inmigrante más allá de la propia ciudad (Riesco, 2010; Célleri y Jüssen, 2012). Lavapiés acoge cinco mezquitas y oratorios, un centro evangelista y la iglesia de San Lorenzo con la ecuatoriana Virgen del Cisne (Schmidt, 2012). En el caso de Valencia, Russafa sigue manteniendo un oratorio y negocios étnicos aunque, en los últimos años, han cerrado comercios y muchos han abierto en otros barrios y en poblaciones del área metropolitana (Torres y otros, 2013). Estos barrios se conforman como nodos urbanos con una dimensión transnacional. Así, Lavapiés era conocido y citado por los migrantes que cruzaban la frontera en Melilla a mediados de 2000 (Gómez, 2006). Por otro lado, los vecinos inmigrantes, los comercios y las empresas, las comunidades religiosas ubicadas en el barrio, tienen relaciones más allá de la ciudad o del Estado español.

La cosmopolitización es otra cara del carácter multicultural, de la mano de nuevos vecinos de espíritu bohemio. En Lavapiés, protagonizan movilizaciones e iniciativas

de contrapeso a la imagen estigmatizada del barrio, siguiendo la tradición de movimientos como el okupa (Díaz Orueta, 2007). La creatividad y la innovación social han impreso allí sus particularidades (Jüssen y Youkhana, 2011; Sequera, 2013). En el Raval se celebran eventos artísticos y la existencia de un tejido de comercios, bares, talleres y salas de espectáculos le otorgan cierto estilo (Rius, 2008). Russafa sigue esa línea con eventos artísticos como Russafart, Russafa escènica o Carnaval de Russafa y otros vecinales, como Russafa conviu. Vinotecas y locales de restauración acaban de configurar allí un nuevo paisaje de ocio (Torres y otros, 2013). La cosmopolitización se manifiesta también en acciones de la Administración como la denominación de calles y plazas o el apoyo a proyectos y eventos interculturales realizados en colaboración con entidades de estos barrios.

Nuestro segundo tipo de centralidad inmigrante son los barrios periféricos, de los que son ejemplo Ciutat Meridiana (Barcelona), San Cristóbal de los Ángeles (Madrid) o Els Orriols (Valencia). Estos barrios se caracterizan por tres aspectos. El primero es una historia marcada por los migrantes españoles de los años 60, el trabajo poco cualificado y las movilizaciones barriales en demanda de servicios (Moncusí, 2009a; Cano y García Cabeza, 2012). Se trata de espacios urbanos surgidos con muchos déficits o, en algunos casos, como Ciutat Meridiana, sin realizar el viario y la conexión a servicios básicos (Cano y García Cabeza, 2012). De mediados de los años 80 a mediados de los 90, se cubrieron las carencias más evidentes de infraestructuras y centros públicos y se mejoró su conexión con el resto de la ciudad. La segunda característica de estos barrios son las manzanas de antiguas viviendas de protección oficial de los años 60 y 70, pequeñas, de escasa calidad y muy baratas. Además, como ocurre en Els Orriols, las calles estrechas contribuyen a una sensación de densidad. En algunos de estos barrios, como Ciutat Meridiana, en el marco de la Llei de Barris de la Generalitat de Catalunya, se han rehabilitado edificios y construido zonas verdes. Sin embargo, cuando se han dado intervenciones no han tenido el valor simbólico, de proyección del barrio hacia la ciudad, que hemos visto en los barrios centrales y semicentrales (Cano y García Cabeza, 2012).

El tercer y último aspecto definitorio de los barrios periféricos es que su vecindario está compuesto por personas de diversos orígenes, con mayoría de origen español. Todas ellas comparten factores de vulnerabilidad como el desempleo o las carencias formativas. En estos barrios difícilmente se dan circunstancias favorables para la llegada de vecinos con mayores ingresos y formación (Torres, 2009). Algunos vecinos de clase media se mantienen en parte del barrio, pero quienes han prosperado han tendido a dejarlo y ser sustituidos por nuevos residentes extranjeros de modesta condición. En San Cristóbal, por ejemplo, al empleo precario y el desempleo se suman el consumo de droga y la venta al menudeo, para contribuir a dinámicas de deterioro social y a una estigmatización del barrio respecto a la ciudad y viceversa (Cano y García Cabeza, 2012). Es el barrio con mayor proporción de población extranjera en Madrid (30,5% por un 13% de media), aunque entre 2008 y 2014 ha perdido un 9% de la población total y un 35% de la extranjera y en especial ecuatoriana (66%). En cambio, ha aumentado un 12% la población de nacionalidad española, lo que se puede atribuir a migrantes

nacionalizados. Abandonar el barrio o nacionalizarse son salidas estratégicas familiares en un contexto de crisis muy presente en el barrio. La pérdida del empleo por parte de muchos vecinos ha debilitado estructuras de apoyo públicas, financieras, familiares y sociales (Eseverri, 2010). La situación tiene paralelismos en Els Orriols, el barrio con mayor proporción (25,8%) de población extranjera en Valencia, aunque esta descendió en un 23,6% entre 2009 y 2012. Una parte se ha ido mientras otros se han naturalizado (Torres y otros, 2013). La centralidad inmigrante en algunos casos la completan comercios y servicios. Els Orriols, por ejemplo, acoge el Centro Cultural Islámico, un templo Sikh, la ONG Valencia Acoge y la Oficina de Extranjería de Delegación del Gobierno, que atraen a extranjeros de otros lugares de la ciudad. Esta centralidad inmigrante ha sido glosada repetidamente en los medios de comunicación habitualmente en términos negativos que contribuyen a una estigmatización. Por último, la presencia de gitanos asentados desde hace años y otros de llegada más reciente completa el perfil de población de unos barrios que mantienen su carácter popular, con incidencia de desempleo, desahucios, ocupación de viviendas vacías o cierre de locales comerciales, rasgos que indican la vulnerabilidad de la población, máxime en un contexto de crisis (Cano y García Cabeza, 2012; Torres y otros, 2013). Sin embargo, en Els Orriols, la construcción de viviendas modernas y de mayor tamaño en una parte del barrio y una gran avenida contigua han modificado el carácter de esa zona del barrio, con vecinos más acomodados. Una parte de los vecinos que vendieron su casa a inmigrantes se trasladaron al Nuevo Orriols para mejorar su calidad de vida. La apertura de un centro comercial se ha sumado para producir el contraste entre dos realidades paralelas.

En definitiva, los barrios periféricos muestran una centralidad inmigrante popular, ajenos al cosmopolitismo de los barrios céntricos o semicéntricos que han devenido referentes de consumo y producción cultural y de ocio y cuyo parque urbano ha sido objeto de revalorización y patrimonialización. Como veremos más adelante, los factores de vulnerabilidad que aquejan a los barrios periféricos se han visto actualizados en tiempos de crisis, sobre todo para los vecinos de origen inmigrante.

2.2. Dinámicas de convivencia y relaciones interétnicas

Las relaciones entre “autóctonos” e “inmigrantes” presentan similitudes en los diferentes tipos de barrios. Existe un trasfondo de interacciones anónimas en mercados, tiendas, calles o servicios públicos. Situaciones de “convivencia pacífica pero distante” o de “coexistencia”, en los términos respectivamente de Torres (2005) o Giménez (2005). Así, la pauta es que se comparta la vida cotidiana sin interacciones significativas (Torres, 2009). La fluidez de esa interacción diaria se da gracias a una norma no escrita de cortesía, pero también a la combinación de situaciones de proximidad e interrelación que pueden estar mediadas por categorizaciones e identificaciones étnicas. La convivencia se entreteje en la práctica en contextos como los espacios públicos, los comercios, las comunidades de vecinos o los servicios públicos.

En los barrios de las ciudades españolas lo habitual es el uso compartido y plural de los espacios públicos, sea de forma instrumental (desplazarse) o más significativa (ocio, encuentro, celebración), sin tensiones ni hostilidades interétnicas. Son usos

públicos (entre extraños), privados (de familia y amigos) o comunitarios (Marzorati, 2011) (entre paisanos, correligionarios, de trabajo o asociación). Las celebraciones de unos pocos familiares o amigos raramente conllevan reservas al contacto. Los contextos comunitarios son otra cosa. Son concentraciones de vecinos de un mismo origen étnico o fieles del mismo credo que configuran microclimas basados en necesidades de sociabilidad propias (Delgado, 1998). En ocasiones son celebraciones ocasionales o se producen periódicamente. Calles y plazas en barrios o grandes parques urbanos suelen ser su escenario. Así, en muchas ciudades, tenemos las “canchas” o los “jardines” latinos, las “zonas moras” alrededor de las mezquitas y tiendas *halal* o los espacios de sociabilidad informal alrededor de los comercios étnicos de ciertas calles.

Con el surgimiento y consolidación de este tipo de espacios no han faltado las quejas y las tensiones, aunque han solido ser menores. Las mayores suspicacias se han suscitado frente a los espacios comunitarios magrebíes y musulmanes en general, con episodios de protestas vecinales ante apertura de nuevas mezquitas (Lacomba, 2005; Moreras, 2011). Esas actitudes se manifiestan por parte de vecinos, españoles, que alegan más derechos que otros sobre los espacios y que se disponen a controlarlos y normativizarlos, en virtud de su antigüedad residencial (Marzorati, 2011). Por otra parte, los usos de los espacios públicos pueden mostrar “referentes culturales de la alteridad” (Torres y Moncusí, 2012) respondiendo a la iniciativa municipal o de la sociedad civil. Son ejemplos las celebraciones del Año Nuevo Chino en Lavapiés, Madrid, y La Roqueta (Valencia), o desde la sociedad civil, las jornadas multiculturales desarrolladas en muchos barrios.

Otro ámbito de convivencia son los comercios que ejercen de espacio mediador porque son referentes para el sentimiento de pertenencia local y la configuración de un mundo de barrio compartido. Las rutas entre ellos permiten articular relaciones y acuden al comercio clientes de todas nacionalidades, lo que facilita la construcción de un panorama interétnico (Gómez Crespo y Martínez Aranda, 2012). Encuentros y tertulias permiten difundir e intercambiar información, canalizar favores y ayuda, participar en cierto modo en acontecimientos comunitarios y ver reconocidas o reconocer múltiples identificaciones colectivas (Gómez Crespo, 2013). Algunas imágenes negativas y prejuicios caracterizan ese tejido comercial como invasión que convierte el barrio en ajeno, pero los nuevos comerciantes comparten intereses con quienes antes realizaban en el barrio la misma labor y algunos acaban regentando locales tradicionales.

El panorama de las interacciones con las que se construye la convivencia lo completan los servicios públicos. En los colegios, por ejemplo, se interactúa en los centros y también durante trayectos de ida y vuelta y a la entrada y salida. Pueden producirse conflictos, pero aunque en ocasiones son explicados en términos culturalistas, las razones por las que se producen pueden ser personales (de rendimiento académico o madurez emocional) o resultar de dinámicas de grupo en las que la nacionalidad no determina las prácticas (Gómez Crespo y Martínez Aranda, 2012).

En términos generales, la convivencia ha sido pacífica hasta hoy, a pesar de fenómenos puntuales como los acaecidos en Can Anglada (2001) o Salt (2010) y de algunas manifestaciones de extrema derecha como las que protagonizó España 2000 en Russafa, hasta 2006 (Torres, 2007). Ahora bien, aunque las encuestas de opinión general suelen

mostrar una tónica positiva, en los discursos persisten estereotipos y prejuicios. En barrios multiculturales se intensifica lo étnico tanto en el espacio urbano como en el imaginario (Pérez y Agote y otros, 2010). Así, los inmigrantes pueden ser percibidos como amenaza para la limpieza, la tranquilidad y la seguridad. Además, se insiste en la necesidad de que “se integren” comportándose como los “autóctonos”. “Inmigrante” deviene sinónimo de “pobre”, invasor, delincuente y ladrón de identidad (González Enríquez y Álvarez Miranda, 2006). Esa valoración de la presencia de inmigrantes extranjeros se realiza con la vara de medir de un civismo entendido como “retórica de los buenos modales en casa ajena” que convierte al inmigrante en sospechoso de inadaptación cultural (Marzorati, 2011). Sin embargo, cuando se dan conflictos, más que de cultura son de identidad, en la medida que derivan de la diferenciación a través de una selección de elementos que definen a uno mismo y a los demás. Los nuevos vecinos encarnan una alteridad cuya presencia rompe con la dimensión de lo familiar y lo previsible propia del barrio; aquel lugar donde se puede esperar ver repetitivamente la misma gente y donde la proximidad física puede crear un sentido de familiaridad pública y unos vínculos débiles cuya consolidación fundamenta una sensación de “estar en casa” (Marzorati, 2011).

Marroquíes y “musulmanes” suelen ser blanco principal de esos discursos e imágenes negativas. De ellos se afirma que no cumplen normas de orden público y decoro y surgen suspicacias sobre sus prácticas religiosas con la apertura de mezquitas y oratorios (González Enríquez y Álvarez Miranda, 2006). Las concentraciones de hombres en esquinas producen inquietud (Torres, 2007) y planean también sobre ellos las sospechas del integrismo islámico y el machismo (Moncusí, 2009a). En algunos casos se les ve también como delincuentes de menudeo que operan en el barrio (Schmidt, 2012). Esas imágenes entroncan con una larga historia de relaciones tensas con el “moro” y lo que representa y pueden ser antesala de miedo o rechazo, prevenir el contacto u organizar los recorridos de los transeúntes para evitar ciertas zonas (Aramburu, 2002).

Esas visiones negativas contribuyen a culpabilizar a los inmigrantes de problemas que aquejan a los barrios. En los barrios centrales y semicentrales, la presencia de inmigrantes se asocia con degradación urbana, inseguridad, pérdida de identidad del barrio y competición con los españoles por trabajo (Bergalli, 1997; Aramburu, 2002; González Enríquez y Álvarez Miranda, 2007). Además, se manifiesta un discurso de la competencia por recursos escasos, en especial sanidad y educación, y de discriminación positiva para con los comerciantes extranjeros²⁰. En barrios con presencia de gitanos como Lavapiés o el Raval, se considera algo que habría ocurrido ya con ellos (González Enríquez y Álvarez Miranda, 2007). En barrios periféricos, la percepción de competencia por recursos escasos mina la confianza interpersonal y la solidaridad vecinal, máxime en contexto de crisis económica (Cano y García Cabeza, 2012). Son imágenes que son difundidas por los medios de comunicación en general (Van Dijk, 1997) y en referencia a barrios concretos (Torres y Moncusí, 2012; Pérez Rincón y otros,

²⁰ Así, se hizo popular el bulo según el cual los comerciantes extranjeros disfrutarían de una permisividad especial en el cumplimiento de horarios u otros aspectos de la normativa. El Ayuntamiento de Barcelona llegó a editar un folleto para aclarar dicho tema.

2012). Puede, sin embargo, diferenciarse entre el discurso de vecinos más antiguos y el de nuevos vecinos. En Lavapiés, por ejemplo, los primeros sitúan la inmigración como uno de los principales problemas del barrio, mientras los segundos perciben una imagen cosmopolita solamente ensombrecida por pequeñas incomodidades de la vida urbana, dejadez de las autoridades o muestra puntual de incivismo (Cañedo, 2011).

A pesar del predominante tono pacífico de la convivencia, se han dictado normas municipales sobre civismo que incluyen la multiculturalidad como problema. Un ejemplo es la “Ordenanza de medidas para fomentar y garantizar la convivencia ciudadana en el espacio público” de Barcelona (2006), que pone de manifiesto una preocupación por los usos y apropiaciones de los espacios públicos por los migrantes extranjeros. La respuesta es una combinación de control y discurso normativo de carácter paternalista o pedagógico (Marzorati, 2011). Por otra parte, con algunas iniciativas en los barrios adjetivadas como interculturales se ha intentado contrarrestar el carácter negativo de esas imágenes para promover la interacción entre vecinos de distintos orígenes (Gutiérrez *et al.*, 2011). Sin embargo, a juzgar por las escasas referencias a ellas en la literatura sobre inserción urbana en España, tienen escaso impacto e incluso en algún caso se advierte sobre el riesgo de reificación culturalista (Delgado, 2007; Moncusí, 2009b). Sea como fuere, en esos contextos proliferan discursos positivos de carácter participacionista e integracionista y ajenos a la producción de prejuicios y estereotipos (Jabbaz y Moncusí, 2010).

3. Barrios de inmigrantes y crisis. Deterioro, tensiones y acciones

Las políticas de devaluación interna, recorte de gasto público y reformas devaluadoras de derechos han tenido y tienen un diferente impacto según el lugar que se ocupe en la estratificación social y en el espacio urbano. En el marco de la ciudad, las consecuencias de la crisis y las políticas implementadas se distribuyen de forma desigual entre los distintos barrios según factores que conforman el ambiente social y el marco sociourbano de cada uno.

El nivel socioeconómico de un barrio es una variable decisiva que define los impactos de la crisis, pero no la única. También influyen la edad, el género o la etnia. Además, la sociabilidad puede proporcionar recursos y posibilidades no accesibles por renta. Este ambiente social es indisociable de un marco sociourbano específico, tanto lo construido como lo vivido. La calidad de las viviendas, los equipamientos y servicios con que cuenta el barrio, su ubicación y comunicaciones, también palía o acentúa los impactos de la crisis.

Como barrios populares, los barrios de inmigrantes son de los más afectados por la crisis y sus consecuencias en cada ciudad. Tienen altos índices de paro y de precariedad material respecto a la ciudad respectiva; entre otras razones, por la presencia de un sector de su vecindario con especial vulnerabilidad: los inmigrantes. Si la tasa de paro para los españoles era del 24,2%, en el primer trimestre de 2014, para extranjeros UE y no UE se situaba en el 32,4% y 40,7% respectivamente. En términos de tasa de riesgo de pobreza o exclusión social, en 2012, ésta era del 34,9% para extranjeros UE, 53,3% para los no comunitarios y 25% para los españoles. La crisis también tiene su

impacto en el marco sociourbano. Como hemos comentado, estos barrios arrastraban algunos déficits de equipamientos e infraestructuras que si durante los años del *boom* no constituyeron una prioridad para los consistorios respectivos, en los años de la crisis ni siquiera figuran en la agenda local respectiva. La crisis también afecta a la vivienda y a la calidad de vida residencial, así como a los centros de servicios públicos en términos de menores recursos y mayores demandas. Todos estos efectos son más acusados en los barrios obreros y populares, que ya partían con una situación precaria y con déficits antes de la crisis en materia de vivienda, equipamientos y servicios.

Nuestro análisis sobre la crisis y las transformaciones en los barrios de inmigrantes la estructuramos en tres partes. En primer lugar abordaremos algunas dimensiones urbanas de la nueva precariedad como la pérdida de población, el deterioro de la calidad residencial y la situación de los servicios públicos. La convivencia en la inmensa mayoría de estos barrios de inmigrantes puede continuar caracterizándose como tranquila. Sin embargo, a diferencia del pasado inmediato, parecen haber aumentado las tensiones soterradas en situaciones de competencia por recursos escasos (trabajo, ayudas...) y, de forma más minoritaria, conflictos explícitos. Abordamos estas tensiones, segunda parte del apartado, y dedicamos una tercera a las iniciativas comunes –en el sentido que agrupan a vecinos autóctonos e inmigrantes–, institucionales y no institucionales, que se desarrollan en estos barrios para mejorar su convivencia y situación social. Unas y otras ejemplifican, a nuestro entender, dos tendencias contradictorias y presentes en nuestros escenarios urbanos: una más excluyente respecto al otro, otra más inclusiva como vecino con los mismos problemas sociales.

A diferencia de otros ámbitos, particularmente el económico, no abundan los estudios sobre los impactos de la crisis en la convivencia en barrios multiculturales. Nuestro análisis se basa en los resultados de nuestras investigaciones en Valencia (Moncusí, 2009; Torres y Moncusí, 2012; y Esteban, 2013) y en los trabajos que se citan sobre otros barrios y otras ciudades. Nuestra pretensión no es presentar un diagnóstico exacto sobre la copresencia y las relaciones en los barrios de inmigrantes sino, de forma más modesta, destacar algunos aspectos centrales desde el punto de vista de la convivencia.

3.1. Algunas dimensiones urbanas de la nueva precariedad

Una primera consecuencia de la crisis y la situación social en España es la pérdida de población. En 2013, la población española descendió en más de 400.000 personas, fundamentalmente por la reducción de población extranjera, más de medio millón y el 10,9% del total de residentes extranjeros. Una buena parte de esta población que se ha ido de España era urbana. En los últimos años, las tres grandes ciudades españolas han perdido población, de forma suave, y vecindario extranjero, con mayor intensidad. Entre 2010 y 2014, Valencia había perdido el 27,8% del vecindario extranjero, Madrid el 26% y Barcelona un mucho más modesto 6% de pérdida. En términos generales, la reducción de residentes extranjeros ha sido más relevante en las grandes áreas metro-

politanas y las ciudades del arco mediterráneo y menor en las ciudades medias y en zonas de la España interior (donde en algunos casos se ha estabilizado)²¹.

La cuestión de la movilidad se aborda, en extenso, en otro capítulo de este volumen. Únicamente subrayar aquí dos aspectos desde el punto de vista de los barrios. En primer lugar, en términos generales, el nuevo ciclo migratorio va a suponer un período de cierta reducción del vecindario inmigrante en unos barrios, o de estabilidad en su número, en otros barrios. En segundo lugar, la reducción relativa de vecinos inmigrantes que pueda darse no parece que vaya a modificar el carácter multicultural de estos barrios. Una gran mayoría de vecinos inmigrantes se mantiene en el barrio y, en muchos casos, los que se van generan lazos transnacionales de distinta intensidad que vienen a sumarse a los ya existentes²².

Otro impacto sociourbano de la crisis es el deterioro de la calidad residencial. Ante el paro de uno de sus miembros, la reducción de ingresos o la incertidumbre, las familias inmigrantes como las autóctonas intentan reducir gastos, y los relacionados con la vivienda son uno de los más importantes. Ante la necesidad de pagar el alquiler o la hipoteca, diversos estudios muestran cómo se ha vuelto a la práctica de alquilar habitaciones (Torres y Gadea, 2010; Torres y Moncusí, 2012; Torres y otros, 2013). Con ello se consigue un nuevo ingreso pero se pierde en intimidad y condiciones adecuadas de vida. Por otro lado, el aumento del hacinamiento, consecuencia del alquiler de habitaciones o la acogida a familiares en peor situación no sólo afecta negativamente a quien lo padece, sino que —en el pasado reciente— ha solido constituir un factor que correlacionaba con quejas y pequeñas tensiones vecinales (Torres, 2011: 208 y sgs.). La Encuesta Condiciones de Vida 2012 (INE), nos proporciona otros indicadores de esta mayor precariedad residencial. El 10,4% de los extranjeros UE y el 19,7% de los no comunitarios no pueden permitirse mantener una temperatura adecuada en su vivienda, por el 8,1% de los españoles. Además, el 24,5% de los no comunitarios y el 14% de los comunitarios habían tenido retrasos en pagos relacionados con la vivienda por un 7,8% de españoles en la misma situación. El vecindario extranjero está sobrerrepresentado, igualmente, en los procesos de exclusión residencial y social que constituyen los desahucios. En 2012 se iniciaron 65.778 procedimientos de desahucios, de los que el 75,5% correspondieron a españoles y el 24,5% a extranjeros (más del doble de su peso demográfico). La sobrerrepresentación es mayor todavía entre los propietarios desahuciados, el 36,8%, y entre los expedientes de dación en pago, el 38,7%. Entre los latinoamericanos destaca la presencia de ecuatorianos; entre los europeos, la de los rumanos. Precisamente, los extranjeros que “más compraventas protagonizaron en los momentos álgidos del ciclo expansivo anterior” (Colegio Registradores Propiedad, 2013).

²¹ Esta pérdida de población hay que matizarla cuando en vez de considerar la nacionalidad se considera el lugar de nacimiento y la incidencia estadística de las nacionalizaciones.

²² Como se señala en el capítulo de movilidad, se da una pluralidad de estrategias de movilidad internacional: el retorno más o menos definitivo; la migración circular; la reemigración de la familia o de un miembro de la familia a un país tercero, etc. Algunas de estas estrategias, particularmente cuando parte de la familia continúa residiendo en el barrio, establece lazos transnacionales.

Otro factor de precariedad del marco sociourbano de estos barrios es la situación de los servicios públicos. Además de los recortes de gasto público estatal y autonómico, muchos Ayuntamientos han reducido la frecuencia y/o cobertura de servicios municipales generales como la limpieza viaria, el mantenimiento de jardines o la líneas de transportes urbanos; el recorte de estos servicios ha perjudicado en particular a los barrios populares y obreros periféricos frente a los espacios centrales. Con todo, lo más preocupante es la situación de los colegios públicos, los centros de servicios sociales, cívicos y sanitarios de estos barrios. No sólo por las deficiencias en términos de educación, atención social y sanitaria, sino por las evidentes repercusiones ciudadanas, de barrio, que tienen estos problemas. Los centros de servicios públicos de estos barrios, que ya arrastraban déficits en infraestructuras y profesionales, han tenido que encajar los recortes generales con una mayor demanda. Además de la reducción de fondos, con los recortes en personal en educación, lo primero que han desaparecido han sido los docentes de las “aulas de acogida” y/o de “atención a la diversidad”; en sanidad, los programas de prevención y comunitarios. En el caso de los servicios sociales, las ayudas de emergencia copan los escasos recursos en detrimento de las intervenciones integrales. Además dado el recorte de fondos estatales, autonómicos y municipales dedicados a la integración de los inmigrantes, han decaído otras actuaciones, en muchos casos desarrolladas por ONG con financiación pública, que perseguían la accesibilidad de los nuevos vecinos a los servicios públicos con mediadores, acciones específicas, y su mejor inserción en el barrio.

3.2. Las tensiones soterradas y la tensión azuzada

Con unas condiciones sociales más degradadas, no parece haber un cambio relevante en las dinámicas de convivencia en los barrios españoles de inmigrantes. En efecto, la copresencia tranquila en los espacios comunes y relaciones vecinales más distantes continúan conformando la vida cotidiana de estos barrios (Cano y García Cabeza, 2012; Torres y otros, 2013). Nada que ver, se suele decir, con los conflictos urbanos en otros barrios europeos. Sin embargo, este diagnóstico general no puede ocultar el aumento de tensiones, unas explícitas, otras soterradas.

Entre 2010 y 2012, diversos Ayuntamientos adoptaron o discutieron medidas como no empadronar a inmigrantes en situación irregular, comunicar sus datos a la policía, o denegar el informe para arraigo y para el reagrupamiento familiar por infracciones a las ordenanzas municipales. Algunas de estas medidas se frenaron por ilegales. Entre otros Ayuntamientos habría que reseñar los de Vic, Hospitalet de Llobregat, Salt, Lleida, Torrejón de Ardoz, con regidores del PSC, PP y CiU. En las elecciones municipales de 2011, el PP accedió a la alcaldía de Badalona, la tercera ciudad catalana por habitantes, con un discurso de mano dura frente a la inmigración. Más allá de su plasmación política y de su utilización electoralista, lo que muestra son situaciones complejas donde grupos de vecinos identifican a los inmigrantes –en general– con inseguridad, actitudes incívicas, fraudes en las ayudas, y apoyan a sus políticos municipales cuando proponen medidas dirigidas a excluir como futuros vecinos a los inmigrantes que concitan esos miedos (indocumentados, marroquíes o gitanos rumanos, según los municipios).

Apoyándose en estos sectores, Plataforma per Catalunya, con un mensaje similar al del Front National francés, consiguió 67 concejales en Ayuntamientos catalanes en 2011.

En no pocos barrios de inmigrantes comienzan a ser relativamente frecuentes las tensiones azuzadas por la extrema derecha. Plataforma per Catalunya, Democracia Nacional y España 2000, entre otros grupos, han desarrollado iniciativas sociales, como el reparto de alimentos, sólo para españoles. España 2000 tiene un banco de alimentos en Valencia, el “Hogar Social Patriota M^a Luisa Navarro”, pero en marzo de 2014 decidieron trasladar el reparto a Els Orriols. Con poco debate ciudadano, los ultras, ataviados con petos con el rótulo ONG, repartieron alimentos a quienes acudieron con DNI y justificación de desempleo. El partido organizó poco después una manifestación y repartió pasquines en el barrio por “la justicia social”, la lucha contra la pobreza desde la “prioridad nacional” y contra la corrupción política. España 2000 realiza reparto de alimentos y de otras ayudas en Silla (Valencia) y Alcalá de Henares²³. La evolución de España 2000 puede ser ilustrativa del campo de la extrema derecha. Esta organización inscribe un discurso antiinmigración desde su surgimiento, como agregado de diversos grupúsculos ultras valencianos. A partir del 2000 realizaron diversos actos públicos. En 2002, 2003, 2004 y 2006 convocaron manifestaciones en el barrio de Russafa contra la delincuencia, la degradación y la inmigración ilegal. Sus actos suscitaron el rechazo de un sector del barrio, la contestación días después en forma festiva y concurrida y la condena casi unánime de la opinión pública de la ciudad. Años más tarde, en la estela de un Front National francés cada vez más reivindicado, el mensaje es similar pero más social y propositivo: ayudar a la gente española, que es la que debe tener prioridad. La extrema derecha española, como la europea, explota la crisis, la competencia desleal atribuida a los inmigrantes y el descrédito de la política oficial, para avanzar en las municipales. Sabe también –ahí las lecciones de Francia y de Grecia– que en los barrios obreros, con alta incidencia del paro, pérdida de lazos y referentes, sus propuestas pueden tener eco. Y lo trabajan.

Sin embargo, este tipo de tensiones explícitas, cristalizadas como enfrentamiento entre grupos, son claramente minoritarias. Como hemos podido comprobar en nuestro trabajo etnográfico en los barrios de Els Orriols y Russafa, son mucho más frecuentes y extendidas las tensiones soterradas generadas por situaciones de competencia por recursos escasos como un trabajo, ayudas sociales o acceso a recursos. En unos casos, es la plasmación en el barrio de las tensiones –reales o imaginarias– en el ámbito del trabajo. En otros casos, el barrio es el escenario social donde se plasman esas tensiones ya que se dan en el colegio público, en el centro de servicios sociales y otros servicios públicos territorializados. Hablamos de tensiones soterradas porque se manifiestan como comentarios individuales, no se plasman en iniciativas y acciones colectivas y, aparentemente, no alteran el ambiente tranquilo del barrio. Que no lo alteren no quiere decir que no tengan repercusiones. Al menos, en nuestro análisis de la situación de Valencia, estas tensiones sordas, en la medida en que se consolidan y extienden, tienden a minar la convivencia y a degradar la imagen del otro.

²³ “Garbanzos solo para españoles”, *El País*, 29 de septiembre de 2014.

En Els Orriols, la alta tasa de paro se ha sumado al cierre de comercios que se ha dado en el barrio. Un panorama económico desalentador en el que aparecen las disputas por trabajo y que inciden en el ambiente en el barrio. A la pregunta de si se notaba la crisis en la convivencia en el barrio, se respondía que sí:

“Porque no hay trabajo, entonces otra vez hay peleas y disputas... Antes... nadie quería ir a recoger naranjas, nadie quería ir a trabajar a la obra... Sobran los inmigrantes porque no hay faena y el que no quería ir a recoger naranjas ahora mata por recoger naranjas” (EO-3).

Sin embargo, las tensiones derivadas de la competencia y los comentarios negativos se dan, sobre todo, respecto a las escasas becas escolares y las ayudas sociales en general. En diversos centros municipales de servicios sociales (CMSS) de Valencia se destaca que “viene más gente normalizada que dice solo ayudáis a los gitanos y a los inmigrantes” (C6). En Cáritas, como en los CMSS, “ante recursos escasos y repartiendo miseria... pues el pobre españolito que acude a la Cáritas parroquial se siente invadido” (C8). La extensión de la idea de los inmigrantes como receptores de ayudas, a costa de la que se creía tener derecho a recibir, no se ajusta con los datos generales ni con el funcionamiento de los servicios. En 2012, los usuarios extranjeros de servicios sociales supusieron el 16% del total, una ligera sobrerrepresentación sobre su peso poblacional, 12%, que se explica por la mayor precariedad material de los hogares inmigrantes respecto a la media de hogares, su mayor tasa de natalidad y los menores apoyos familiares. Como explicaba, gráficamente, otra interlocutora de Orriols:

“Tienes que ser pobre de solemnidad... para que te den una mínima ayuda de comedor... ¿Quién es pobre?... muchos inmigrantes que se han quedado sin sus redes... y no veas los comentarios: ‘Se lo han dado a ellos’. Y eso está creando una mala convivencia” (EO-1).

En el barrio de Russafa, menos golpeado por la crisis que Els Orriols, todos nuestros interlocutores afirman que no ha “cambiado la buena convivencia en el barrio y en el colegio” (ER-5). En el CMSS Ciutat Vella, del que depende Russafa, constatan una mayor demanda de ayudas de todos los grupos de vecinos, sin incidir particularmente en los inmigrantes. Sin embargo, con menor intensidad que Els Orriols, los comentarios sobre las ayudas también están presentes. Una vecina boliviana de Russafa lo cuenta así:

“El ambiente (del barrio) bien, como siempre... la crisis no... bueno con las ayudas... oyes comentarios en el mercado... que si se lo dan todo a los inmigrantes y me dan ganas de decirles: que no me dan nada, que me toca (bueno, yo no, mi hermana)... que me toca por hijos... por baremo que se dice, ¿no?... eso duele así como dentro” (ER-8).

Es difícil medir la relevancia de estos comentarios y su incidencia. En todo caso, muestran un malestar latente por la pérdida de servicios y ayudas, ahora más necesarios que en el pasado, malestar que se deriva de la situación de los servicios públicos pero que se reorienta a la competencia que supone el vecino extranjero. En esa lógica, el vecino inmigrante es alguien indeseable.

3.3. *Iniciativas comunes en contexto de crisis*

El deterioro de las condiciones sociales y/o la preocupación por la convivencia en los barrios populares han solidado encontrar respuestas institucionales, con propuestas de arriba abajo y, en otros casos, la contestación ha llegado mediante procesos comunitarios de abajo a arriba, por parte de asociaciones, plataformas o grupos informales que se organizan por objetivos más o menos concretos.

La respuesta de la Administración tiene dos problemas. En primer lugar, el recorte de gasto social que ha reducido o eliminado, según los casos, planes existentes antes de la crisis y, en segundo lugar, el tipo de iniciativas propuestas. Sobre lo primero, la actual crisis atrapa a la Administración local entre la presión de los recortes de financiación y la exigencia de respuestas a situaciones de exclusión y fragmentación social. La posibilidad de articular propuestas de cierta envergadura como los planes integrales de intervención surgidos a raíz de la Llei de barris catalana o de la combinación de los planes de barrio y los planes de equipamientos de Madrid, se ha visto truncada. Por ejemplo, en Cataluña, entre 2004 y 2010 se aprobaron hasta 148 proyectos de intervención integral que conllevaron acciones que combinaban intervenciones urbanísticas con otras de índole social, mientras en Madrid los planes de barrio se centraban precisamente en ese último tipo de medidas²⁴. Iniciativas como el apoyo a la gestión de comunidades de vecinos y a la mediación de conflictos, la potenciación del comercio de proximidad o la construcción de zonas verdes o equipamientos colectivos se han combinado con medidas abiertamente urbanísticas. Sin embargo, las carencias presupuestarias han impedido desde 2011 la emergencia de nuevos proyectos o la continuidad de varios de los existentes, en el caso catalán (Roquer y otros, 2013). En el caso de Madrid, han dejado de concederse proyectos de equipamientos (García Vegas, 2012).

Entre las líneas de actuación previas a la crisis se encuentran programas surgidos a menudo en el contexto de esos planes de intervención, como los planes de desarrollo comunitario que persiguen reconstruir o establecer lazos comunitarios y potenciar la coordinación de agentes que intervienen con la finalidad de mejorar la vida en los barrios. Encontramos experiencias positivas como los casos de San Cristóbal (Madrid), y Trinitat Nova (Barcelona), (Eseverri, 2010; Cano y García Cabeza, 2012) y fracasos de planes de este tipo, como en Ciutat Meridiana. Cano y García Cabeza (2012) señalan como factores de éxito o fracaso la implicación de asociaciones, grupos de vecinos, técnicos, en un diagnóstico compartido y la cooperación entre entidades y Administración. En otros casos, se han mantenido medidas existentes antes de la crisis, aunque con limitaciones. Así, en Lavapiés, además de ponerse en marcha un plan de barrio,

²⁴ La convocatoria de proyectos en el marco de la Llei de Barris establecía 8 ejes: 1) mejora del espacio público y dotación de espacios verdes; 2) rehabilitación y equipamiento de elementos colectivos de los edificios; 3) provisión de equipamientos para uso colectivo; 4) incorporación de tecnologías de la información en los edificios; 5) fomento de la sostenibilidad del desarrollo urbano; 6) equidad de género en el uso del espacio urbano; 7) desarrollo de programas que comporten una mejora social, urbanística y económica del barrio; y 8) accesibilidad y supresión de barreras arquitectónicas (Roquer y otros, 2013). En el caso de Madrid, los planes de barrio se han caracterizado por una orientación claramente social con líneas de empleo, servicios sociales y familia, deporte y cultura, seguridad y movilidad, educación, infancia y juventud y apoyo al asociacionismo, mujer e igualdad de oportunidades, mayores, convivencia y escena urbana (web del Ayuntamiento de Madrid, consultada el 4 de noviembre de 2014).

se han mantenido las mesas de trabajo del Ayuntamiento de Madrid, la convocatoria de ayudas, el apoyo a la organización de fiestas de barrio o eventos particulares como el Año Nuevo chino (Schmidt, 2012). En otros casos son ONG las que están colaborando con la Administración para planes y servicios que plantean ellas mismas. El Servicio de Dinamización de Espacios Públicos, gestionado por CEAR, por ejemplo, desarrolla mediación en situaciones de convivencia en Lavapiés y otros puntos de la ciudad (FARM, 2011).

En cuanto al tipo de actuaciones desarrolladas, la Administración se ha volcado en servicios de urgencia o emergencia social que ofrecen soluciones paliativas (Ávila y García, 2013)²⁵. En opinión de Blanco y Subirats (2012), se proponen medidas tecnocráticas de corto plazo y se prescinde de la participación ciudadana entendida en términos amplios, más allá de la búsqueda de apoyos concretos que legitimen la iniciativa institucional. En Lavapiés, por ejemplo, como en otros barrios de Madrid, a raíz de los citados planes de barrio, se ha promovido la colaboración entre asociaciones de vecinos y/o de comerciantes. En ese contexto, el Plan de Mejora de la Seguridad y la Convivencia de Lavapiés, vigente desde 2009, en el que colaboran asociaciones de comerciantes, vecinos e inmigrantes, tiene entre sus objetivos potenciar la participación y promover actividades culturales y de ocio sobre “los rasgos multiculturales del barrio”. Al mismo tiempo, sin embargo, incluye en el ámbito de seguridad ciudadana la propuesta de declarar el barrio “zona de seguridad prioritaria, como consecuencia de un tipo específico de delincuencia (okupas, 15-M)” (sic), lo que supone enfrentarse con parte del propio vecindario.

Antes hacíamos referencia a las tensiones soterradas en la convivencia, muy centradas en la atribución de ayudas a los inmigrantes. En sentido contrario, más inclusivo, se pueden destacar las iniciativas ciudadanas que generan dinámicas comunes entre vecinos de diferentes orígenes por objetivos barriales o problemas sociales. En Russafa se da una amplia diversidad de sociabilidades, tramas de asociaciones y grupos en el vecindario, muchas veces en paralelo. El barrio es un mosaico de sociabilidades e iniciativas. Sin embargo, las campañas impulsadas por la Plataforma por Russafa por la mejora del parque M. Granero, entre 2007 y 2008, y la construcción del colegio público Puerto Rico, entre 2008 y 2011, con el apoyo de todas las asociaciones del barrio, incluidas las Fallas, generaron unas dinámicas vecinales comunes y compartidas. Los dos temas, ya conseguidos, constituían reivindicaciones históricas del barrio y los agruparon en la defensa de sus comunes intereses como vecinos. En las recogidas de firmas, los dos referéndos realizados, las peticiones al consistorio y actividades lúdica-reivindicativas, participaron muchos vecinos de todos los orígenes, las diversas asociaciones y, en los referéndos, los comercios de todo tipo. Estas dinámicas incluyen al inmigrante al nosotros del vecindario y, en calidad de tal, participa.

A estas movilizaciones arraigadas en la trayectoria vecinal podemos sumar esferas de apoyo informal e iniciativas de grupos en la estela del 15-M. Por ejemplo, en Lavapiés, hay que remarcar las muestras de solidaridad entre vecinos que ayudan con la compra

²⁵ Ante un desahucio, ni se acude al banco, ni al pago, ni al apoyo a redes vecinales o comunitarias, sino que se ofrece un alojamiento transitorio y, si la situación se prolonga, protección a los menores.

a gente mayor, cuidan o acompañan a menores o donan alimentos o bienes a quienes los necesitan. El barrio, además, tiene larga trayectoria en movimientos sociales como el okupa y, ahora el 15-M. El Grupo de Migración de la Asamblea de Lavapiés se ha dedicado a lucha contra controles, cierre de los CIE y contra el racismo institucional y ha protagonizado tareas de acompañamiento en el sector de salud y juzgados (Ávila y García, 2013). Estas medidas pueden entenderse como fórmulas de innovación social puesto que con ellas los ciudadanos atienden necesidades que no cubren ni el mercado ni el sector público y potencian nuevas relaciones sociales y colaboraciones (BEPA, 2011). Blanco y Cruz (2014) han mostrado que, además, son prácticas que plantean alternativas al *statu quo* y tienen entre sus finalidades la transformación de las relaciones de poder. Son iniciativas de solidaridad (bancos del tiempo o asambleas de afectados por las hipotecas o antidesahucios), sobre territorio, medio ambiente y energía (huertos urbanos, cooperativas eléctricas o redes cívicas de telecomunicaciones), sobre consumo y economía alternativa (grupos de consumo o de finanzas sociales) o cooperativas de consumo organizadas por los propios vecinos o espacios autogestionados (solares o viviendas e infraestructuras ocupadas). Estas innovaciones son más necesarias donde operan factores de exclusión, son muestra de resiliencia y, a menudo, encuentran un trampolín en un pasado de movilización social.

Els Orriols (Valencia) es un ejemplo de lo que acabamos de decir. Antes de 2011 una plataforma agrupaba a ONG, asociación de vecinos, asociaciones de inmigrantes y otras entidades del barrio en un esfuerzo por mejorar la convivencia y las condiciones de vida. La jornada intercultural que organizaban pasó, en su edición de 2012, a transformarse en semana intercultural. Era un pretexto para aglutinar a un vecindario multicultural en torno a la preocupación por las condiciones de vida en el barrio. La Plataforma, la asamblea 15-M de Orriols y la Asamblea de Parados y Paradas de Orriols y Torreñiel confluyeron en un programa de exigencias para el barrio como la construcción de un centro de salud o el apoyo a los colegios públicos. La Asamblea de Parados se reunía en un local cedido por el Centro Cultural Islámico. Esa cesión se enmarcaba en un esfuerzo por parte del colectivo musulmán de resaltar su apertura a los problemas de los vecinos al tiempo que buscaba contrarrestar los discursos islamófobos. Además, en plena crisis han empezado a operar en el barrio la Plataforma de Afectados por las Hipotecas y la Red de Solidaridad Popular (RSP). Esta última se dedica a establecer fórmulas de intercambio de bienes y servicios, puesta en marcha de huertos urbanos y otros proyectos de abastecimiento, y tiene la sede en la zona norte de la ciudad. En su página web se justifica este hecho porque “es allí donde se localizan barrios periféricos y obreros como Orriols, Torreñiel y Benicalap, donde las tasas de paro superan en algunos casos el 40%, y el déficit de equipamientos básicos ha sido denunciado reiteradamente por los vecinos. Además, en estas tres barriadas ya opera una de las asociaciones de desempleados existentes en Valencia”.

En el último año el proyecto Orriols con-vive ha seguido la labor de la antigua plataforma vecinal y lo ha hecho con participación muy activa de estos nuevos movimientos surgidos en plena crisis. Se trata de una iniciativa lanzada por la ONG Valencia Acoge mediante fondos europeos con la que se ha iniciado un proceso participativo

para la mejora de las condiciones de vida del barrio. Una de las primeras medidas fue alquilar un local que se ha convertido en centro social, acogiendo talleres, jornadas, conferencias y reuniones de entidades como la Asamblea de Parados y Paradas o una asociación de senegaleses y otra de guineanos. Se ha constituido una asamblea de barrio que ha establecido comisiones de trabajo y entre sus iniciativas destaca la respuesta al reparto de alimentos de España 2000 con una manifestación festiva por la diversidad cultural, dos brigadas de limpieza de calles del barrio y varias actividades lúdicas y culturales con las que se ha ocupado un céntrico solar usado habitualmente como aparcamiento, para reivindicarlo para el barrio. Entre las entidades que participan confluyen organizaciones de barrio tradicionales como asociaciones de comerciantes, de vecinos, AMPA, asociaciones de inmigrantes, ONG y el nuevo tipo de entidades surgidas del 15-M. La crisis ha planteado cuestiones que pueden generar confluencia entre esas distintas formas de participación y que pueden replantear la definición de la distancia social entre vecinos extranjeros y quienes no lo son. Además, se han visto catalizadas formas de movilización protagonizadas por vecinos de diversos orígenes etnonacionales, con lo que los migrantes pueden ejercer como vecinos más que como actores que transitan temporalmente por el barrio.

4. Conclusiones

Los problemas de la integración están protagonizados por determinados grupos de origen inmigrante, *beurs* en Francia, turcos en Alemania o mexicanos en Estados Unidos, que comparten similares problemas sociales, una inserción laboral débil, precariedad formativa y socioeconómica y segregación residencial, y una identidad cultural mestiza y estigmatizada. En Europa y EE.UU., los “problemas de la integración” han tenido una indudable dimensión urbana tanto por los escenarios de los conflictos como por los elementos sociourbanos que generan esa fractura social (Body-Gendrot y De Rudder, 1998; Wacquant, 2007). Evitar la conformación de estas situaciones en España ha constituido una de las preocupaciones de gestores, técnicos y científicos, en relación a la inserción de los inmigrantes.

Hasta la crisis, el proceso de inserción urbana en España presentaba una serie de rasgos generales. Con excepciones muy puntuales, las ciudades españolas tienen índices de concentración inferiores a los de las ciudades, centroeuropeas; sin embargo, son peores sus estándares de vivienda inmigrante comparados con Centroeuropa. Los inmigrantes se han distribuido de forma desigual en las ciudades con más presencia en los barrios populares y obreros, con una mayor trama de vivienda modesta y accesible. Estos barrios de inmigrantes, que concentran a los nuevos vecinos y vecinas en mayor proporción, son barrios populares, con déficits de servicios y dotaciones, y sectores de su vecindario con situación socioeconómica vulnerable que se paliaba con el trabajo abundante. Esto se da sobre todo en los barrios obreros periféricos; los barrios centrales suelen presentar mejores equipamientos, un vecindario socialmente más heterogéneo e iniciativas de renovación urbana. Ni los barrios centrales ni los periféricos se han conformado como barrios étnicos, en la tradición norteamericana. Por el contrario, como ocurre en Europa, se trata de barrios multiculturales donde los vecinos españoles,

mayoritarios, y los vecinos de distintos orígenes comparten los espacios públicos, de forma tranquila pero sin relaciones interétnicas significativas. Muchos barrios españoles han visto cambiar parte de su vecindario, sus plazas, comercios y espacios públicos; estas transformaciones no se han dado sin tensiones pero, en términos generales, estas han sido menores. Es difícil calificar a estos barrios como segregados. Aunque no falten los problemas, son barrios dinámicos, en proceso de cambio y plenamente insertados –aunque de forma subordinada– en las dinámicas generales de su ciudad.

La crisis desestabiliza el proceso de inserción de los inmigrantes y precariza su inserción urbana, en varios sentidos. Como consecuencia de su alta tasa de paro, menores recursos y apoyos, la calidad de su inserción residencial ha retrocedido. Más familias inmigrantes han vuelto a alquilar habitaciones, tienen mayores dificultades para hacer frente a gastos de elementos de su vivienda y, en términos proporcionales, padecen más desahucios. Los vecinos inmigrantes no sólo tienen peor situación personal o familiar; también han empeorado los barrios donde habitan. Los barrios de inmigrantes presentan similares problemas a otros barrios populares: alta incidencia del paro, menores recursos formativos, déficits de equipamientos y unos centros de servicios públicos con mayores dificultades, entre los recortes de recursos profesionales y financieros y el aumento de las necesidades. En nuestro análisis hemos destacado la situación de los servicios públicos, los colegios, centros de salud y de servicios sociales, tanto por sus implicaciones en la atención a todo el vecindario como por sus posibles efectos sobre la convivencia.

El tono general de la convivencia se mantiene, podíamos decir, tranquilo y similar al pasado reciente. Sin embargo, no han faltado o faltan tensiones a nivel local. Las tensiones o conflictos explícitos han sido muy minoritarios, como los acuerdos de algunos Ayuntamientos contra determinadas categorías de inmigrantes o las iniciativas de la extrema derecha. En nuestra opinión, tiene mucha mayor relevancia la extensión de un malestar por situaciones de competencia por recursos escasos entre inmigrantes y autóctonos, sean estos recursos un trabajo, ayudas sociales u otros. La cuestión de las ayudas de educación y servicios sociales tienen incidencia en el barrio y genera tensiones soterradas que se plasman en comentarios individuales contra los inmigrantes acaparadores de ayudas. Es difícil medir la extensión de estos comentarios y su incidencia, pero las condiciones sociales para que se reproduzcan están dadas. También, en sentido contrario, se puede destacar la continuidad de la convivencia tranquila y, en particular, los programas institucionales –los menos– e iniciativas ciudadanas –las más– que generan dinámicas comunes entre vecinos de diferentes orígenes por objetivos barriales o problemas sociales. Una tendencia y otra están presentes, de forma contradictoria, en la vida de los barrios. Los comentarios contra el inmigrante como “competidor ilegítimo y desleal” tienden a excluirlo del vecindario, del nosotros. Por el contrario, las dinámicas por objetivos comunes tiende a incluir al inmigrante como vecino con los mismos problemas sociales.

Los problemas centrales de los barrios de inmigrantes no radican en elevadas tasas de concentración, ni en la diversidad cultural y étnica, ni en una convivencia que se mantiene tranquila. Los problemas centrales son de tipo social y urbano y la crisis no

ha hecho sino agudizarlos. Soluciones no faltan y son bien conocidas: planes integrales, refuerzo de servicios públicos, particularmente en educación, y políticas activas de empleo, intervención comunitaria (PECI, 2011-2014; Blanco y Subirats, 2012). Sin embargo, dichas líneas de trabajo implican un cambio de política social general. Supone dar prioridad al gasto social, desarrollar iniciativas y planes para abordar las fracturas sociales que se han generado o ampliado, tanto en lo social como en lo urbano, y también apoyar las propuestas que, como hemos visto, se formulan desde una ciudadanía en toda su diversidad.

Bibliografía

- Alvergne, C. y Coffey, W. (2000), “Similitudes et différences des formes urbaines en Europe et en Amérique du Nord”, *Cahiers de Géographie du Québec* 123, 437-451.
- Amersfoort, H. (1990), “La répartition spatiale des minorités ethniques dans un État providence: les leçons des Pays-Bas”, *Espaces, Populations, Sociétés* 2, 241-255.
- Aramburu, M. (2002), *Los otros y nosotros. Imágenes del inmigrante en Ciutat Vella*, Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- Arbaci, S. (2008), “Hacia la construcción de un discurso sobre la inmigración en las ciudades del Sur de Europa. La política urbanística y de vivienda como mecanismos estructurales de marginación étnica residencial”, *ACE. Arquitectura, ciudad y entorno* 8, 11-38.
- Arbaci, S. y Malheiros, J. (2010), “De-Segregation, Peripheralisation and the Social Exclusion of Immigrants: Southern European Cities in the 1990s”, *Journal of Ethnic and Migration Studies* 36-2, 227-255.
- Arbaci, S. y Tapada-Berteli, T. (2012), “Social inequality and urban regeneration in Barcelona city centre: reconsidering success”, *European Urban and Regional Studies*, 19: 287.
- Ávila, D. y García, S. (2013), “Entre el riesgo y la emergencia: insinuaciones policiales en la intervención social”, *Revista de Antropología Social*, 22: 59-82.
- Ávila, D. y Malo, M. (2007), “¿Quién puede habitar la ciudad? Fronteras, gobierno y transnacionalidad en los barrios de Lavapiés y San Cristóbal”, en *Observatorio metropolitano, Madrid ¿la suma de todos?: globalización, territorio, desigualdad*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Barou, J. (1999), “Trajectoires résidentielles, du bidonville au logement social”, en Dewitte, P. (ed.), *Immigration et intégration. L'état des savoirs*, Paris, La Découverte.
- Basagoiti, J. y Bru, P. (2012), “Apuntes para una participación participativa y comunitaria en contextos de diversidad cultural”, *Cuadernos de Trabajo social*, 25: 371-381.
- Bayona, J. (2007): “La segregación residencial de la población extranjera en Barcelona: ¿una segregación fragmentada?”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 235.
- Bayona, J., Gil-Alonso, F. y Pujadas, I. (2011), “Dinàmica residencial de la població estrangera a les principals regions metropolitanes d'Espanya”, *Revista Catalana de Sociologia* 27: 15-32.
- Bergalli, V. (1997), “Contexte urbain et altérité à Barcelone. De nouveaux défis pour la Vieille Ville”, *Revue européenne de migrations internationales*, vol. n° 3:121-133.
- BEPA (2011), *Empowering people, driving change Social Innovation in the European Union*, Luxembourg, Publications Office of the European Union.
- Betrisay, D. (2007), “Migración, comercio mayorista chino y etnicidad”, *Revista Cidob d'afers Internacionals*, 78: 77-95.

- Blanco Fernández-Valderrama, C. (2009), “Pautas de asentamiento residencial de los inmigrantes ¿Exclusión social o estrategia étnica?”, en Blanco, C. y Barbera, I. (eds.), *Pautas de asentamiento de la población inmigrante: implicaciones y retos socio-jurídicos*, Madrid, Dykinson-Instituto Internacional de Sociología Jurídica de Oñati.
- Blanco I. y J. Subirats (2011), “Exclusión social, territorio y políticas urbanas en España: una mirada comparativa”, en M. Iglesias *et al.* (eds.), *Políticas urbanas en España. Grandes ciudades, actores y gobiernos locales*, Barcelona, Icaria, 335-362.
- Blanco, I. y H. Cruz (2014), “Crisis, urban segregation and social innovation in Catalonia”, Comunicación presentada en la *ECPR General Conference*, Glasgow, 3-6 de septiembre de 2014.
- Blanco, I. y Subirats, J. (2012), “Políticas urbanas en España: dinámicas de transformación y retos ante la crisis”, *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder* 3(1): 15-33.
- Borja, J. y M. Castells (1999), *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus.
- Brooks, D. R. (2001), *Bobos en el paraíso*, Barcelona, Mondadori.
- Cañedo, M. (2011), «Discursos vecinales sobre la inseguridad ciudadana y políticas de rehabilitación urbanística: el caso de los “antiguos vecinos” y la ARI-Lavapiés (Madrid) desde una perspectiva antropológica», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. XV, 385. <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-385.htm>.
- Céleri, D. y Jüssen, L. (2012), “Solidaridad étnica y capital social. El caso de los comerciantes migrantes kichwa-otavalo en Madrid y La Compañía”, *Procesos*, 36: 143-168.
- Degen, M. (2002), “Redesigning Public Space. A sensory analysis of regenerated public places in el Raval, Barcelona”, *The European Journal of Arts and Education*, 14: 53-65.
- De la Haba, J. y E. Santamaría (2004), “De la distancia y la hospitalidad: consideraciones sobre la razón espacial”, *Athenea Digital*, 5. Disponible en <http://antalya.uab.es/athenea/num5/delahaba.pdf>.
- Delgado, M. (1998), *Diversitat i integració*, Barcelona, Empúries.
- Delgado, M. (2007), “Contra la tolerancia”, en *Sociedades movedizas*, Barcelona, Anagrama, 202-223.
- Díaz Orueta, F. (2007), “Madrid: Urban regeneration projects and social mobilization”, *Cities*, 24(3): 183-193.
- Díaz Orueta, F. (2013), “Sociedad, espacio y crisis en la ciudad neoliberal”, en Cucó, J. (ed.), *Metamorfosis urbanas. Ciudades españolas en la dinámica global*, Barcelona, Icaria.
- Eseverri Mayer, C. (2010), “La experiencia de la pobreza en un barrio de la periferia de Madrid: Entre el aislamiento y la participación”, *Panorama social*, 12: 68-78.
- Estallega, A. y Corsín, A. (2012), “Asambleas populares: el ritmo urbano de una política de la experimentación”, en Cruells, M. y Ibarra, P. (eds.), *La democracia del futuro: del 15M a la emergencia de una sociedad civil viva*, Barcelona, Icaria.
- Federación Regional de AAVV de Madrid (FARM) (2011), *Buenas prácticas en convivencia social e intercultural en el ámbito comunitario*, Madrid, Federación Regional de Asociaciones Vecinales de Madrid.
- Fernández, M. (2012), “Asaltar el Raval. Control de población y producción de plusvalías en el barrio barcelonés”, *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 2(1): 51-68.
- Fernández, M. (2014), “De expiaciones y especulaciones. El estilete de la cultura contra el Raval”, *Messala*, 70: 8.
- Fullaondo, A. (2007), “La inmigración en España: una aproximación metropolitana comparada”, *ACE Arquitectura, ciudad y entorno* 2-4, 497-518.

- Cano Hila, A. B. y García Cabeza, M. (2012), “Políticas de acción comunitaria en las periferias urbanas. Problemas de transferibilidad”, *Gestión y Política Pública*, 131-157.
- Esping-Andersen, G. (2000), “Estado de bienestar y familia”, en Muñoz, S., García Delgado, J. L. y González, S. (coord.), *Las estructuras de bienestar en Europa*, Madrid, Fundación ONCE.
- García Vegas, R. (2012), “El valor de las instituciones en el desarrollo local. Una aproximación a través de la experiencia de la ciudad de Madrid”, *22º Congreso Mundial de Ciencia Política*.
- Giménez, C. (2005), “Convivencia Conceptualización y sugerencias para la praxis”, *Puntos de Vista. Cuadernos Observatorio Migraciones de Madrid*, 1: 7-31.
- Gómez, N. (2006), “El barrio de Lavapiés, laboratorio de interculturalidad”, *Dissidences [En línea]*: 1(2), consultado el 20 de julio de 2014. URL: <http://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences/vol1/iss2/12>.
- Gómez Crespo, P. (2013), “El comercio de barrio como espacio de sociabilidad en contextos locales de migración”, *Polis [En línea]*, 35, consultado el 21 de julio de 2014. URL: <http://polis.revues.org/9291>.
- Gómez Crespo, P. y Martínez Aranda, M. A. (2012), “Convivencia y conflicto en contextos locales de inmigración: articulación de espacios de sociabilidad en los barrios madrileños”, *Revista de Ciencias Sociales UNAP*, 28: 121-144.
- González Enríquez, C. y Álvarez Miranda, B. (2006), “Inmigrantes en el barrio. Un estudio cualitativo de opinión pública”, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Guillon, M. (1995), “Immigration et centres urbains: le cas de Paris”, Gallisot, R. y Moulin, B. (dirs.), *Les quartiers de la ségrégation. Tiers monde ou Quart monde?*, Paris, Karthala.
- Gutiérrez, B. (2010), *San Cristóbal de los Ángeles. Informe preliminar*, Universitat Politècnica de Catalunya; Centre de Política de Sòl i Valoracions.
- Gutiérrez, B., A. Ciocoletto y García Almirall, P. (2011), “Migración, espacio público y convivencia en la región metropolitana de Barcelona”, *Revista ACE*, 17: 335-358.
- Hernández Aja, A. (2007), *Áreas vulnerables en el centro de Madrid*, Madrid; Instituto Juan Herrera.
- Jabbaz, M. y Moncusí, A. (2010), «Mediación intercultural “natural”: reflexiones a partir de una experiencia en Orriols (Valencia)», *Migraciones*, 27: 171-198.
- Jüssen, L. y Youkhana E. (2011), “Local Responses to Transnational Migration: Citizenship, Belonging and the Case of Latin American Migrants in Madrid”, Comunicación Internacional RC21 conference.
- Lacomba, J. (2005), “La inmigración musulmana en España. Inserción y dinámicas comunitarias en el espacio local”, *Migraciones*, 18: 47-76.
- Malheiros, J. (2002), “Ethni-cities: residential patterns in the Northern European and Mediterranean metropolises. Implications for policy design”, *International Journal of Population Geography* 8-2, 107-135.
- Martínez, A. y Leal, J. (2008), “La segregación residencial, un indicador confuso en la representación de la problemática residencial de los inmigrantes económicos. El caso de la Comunidad de Madrid”, *ACE. Arquitectura, ciudad y entorno* 8, 53-64.
- Martori, J. C. y Apparicio, P. (2011), “Changes in spatial patterns of the immigrant population of a southern european metropolis: the case of the Barcelona Metropolitan Area (2001-2008)”, *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, 102(5), 562-581.
- Marzorati, R. (2011), “Conflictos en el espacio público y construcción de la alteridad: una comparación entre barrios en Milán y Barcelona”, *Revista ACE*, 17: 293-316.
- Maxen, E. M. (2012), *“La comunidad silenciosa”. Migraciones filipinas y capital social en el Raval (Barcelona)*, Tesis doctoral, Universitat Rovira i Virgili.

- Maza, G., Pujadas, J. J. y McDonogh, G. W. (2002), “Barcelona, ciutat oberta: transformacions urbanes, participació i cultures de control al barri del Raval”, *Revista d’Etnologia de Catalunya*, 21:114-131.
- McNicoll, C. (1993), *Montréal. une société multiculturelle*, Paris, Belin.
- Miret, N. (2001), “Las aportaciones de la inmigración al proceso de metropolización: el caso de Barcelona”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 94. <http://www.ub.geocrit/sn-94-72.htm>.
- Miret, N. (2009), “Inmigración y metropolización en Barcelona”, *Areas, Revista Internacional de Ciencias Sociales* 28, 103-118.
- Monnet, N. (2002), *La formación del espacio público. Una mirada etnológica sobre el Casc Antic de Barcelona*, Madrid, La Catarata.
- Martín Corrales, E. (2002), *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica de los siglos XVI y XX*, Barcelona, Bellaterra.
- Moreras, J. (2005), “¿Ravalistán? Islam y configuración comunitaria entre los paquistaníes en Barcelona”, *Revista Cidob d’afers Internacionals*, 68:119-132.
- Moreras, J. (2011), “Sociabilidades reactivas en espacios urbanos multiculturales: los conflictos en torno a la apertura de mezquitas en Cataluña (1990-2008)”, *X Congreso de AECPA*, Murcia.
- Moncusí, A. (2009a), *Nuevos y viejos vecinos en dos barrios de Valencia*, València, Ajuntament de València.
- Moncusí, A. (2009b), “Imaginar el espacio urbano desde la alteridad: convivencia intercultural y mediación ciudadana en un barrio de Valencia”, en Blanco, C. y Barbero, I. (eds.), *Pautas de asentamiento de la población inmigrante: implicaciones y retos socio-jurídicos*, Madrid, Dykinson.
- Musterd, S. y De Winter, M. (1998), “Conditions for Spatial Segregation: Some European Perspectives”, *International Journal of Urban and Regional Research* 22, 665-673.
- Observatorio de las Migraciones de Madrid (2007), *La concentración residencial de la población extranjera en la ciudad de Madrid*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid.
- Observatorio de las Migraciones de Madrid (2011), *La población extranjera en la ciudad de Madrid*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid.
- Ospina, S. (2003), *Proyecto barrios del mundo. Descubrimiento del Casc Antic de Barcelona*, Barcelona, Espai d’Inclusió i Formació Casc Antic.
- Pérez Agote, A., Tejerina, B. y Barañano, M. (2010), *Barrios multiculturales: relaciones interétnicas en los barrios de San Francisco (Bilbao) y Embajadores/Lavapiés (Madrid)*, Madrid, Trotta.
- Pérez Rincón y otros (2012), «Reproducción de la otredad inmigrante en Barcelona y recepción popular del espacio urbano representado como “gueto”», *Revista Ciencias Sociales*, 29:160-183.
- Portes, A. y Zhou, M. (1995), “Destins divergents: immigration, pauvreté et esprit d’entreprise aux États-Unis”, en Gérard, H. et Piché, V. (dir.), *La sociologie des populations*, Montréal, Les presses de l’Université de Montréal.
- Pumares, P., García, A. y Asensio, A. (2006), *La movilidad laboral y geográfica de la población extranjera en España*, Madrid, Observatorio Permanente de la Inmigración.
- Reher, D. (dir.) (2008), *Informe Encuesta Nacional de Inmigrantes (ENI-2007)*, documentos de trabajo 2/08, INE.
- Riesco, A. (2010), “Inmigración y trabajo por cuenta propia: economías inmigrantes en Lavapiés (Madrid)”, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

- Rius, J. (2008), “Los barrios artísticos CO MO base local de la cultura global. El caso del Raval de Barcelona”, *Revista Internacional de Sociología*, 51:179-205.
- Rius, J. (2014), “Culture and authenticity in urban regeneration processes: Place branding in central Barcelona”, *Urban Studies*, 20:1-20.
- Rius, J. y Subirats, J. (2005), *Del Xino al Raval. Cultura i transformació social a la Barcelona central*, Barcelona, CCCB.
- Roquer, S., Gutiérrez, A., Muro, J. I. y Alberich, J. (2013), «La regeneración integral de barrios en cataluña mediante la “Ilei de barris”: análisis comparado y valoración de los casos de “la Mariola” (Lleida) y Campclar (Tarragona)», *Polígonos. Revista de Geografía*, 25: 277-309.
- Schmidt, H. (2012), *Lavapiés. Fenómeno migratorio y claves de la convivencia*, Madrid, Cuadernos de la EPIC.
- Sequera, J. (2013), *Las políticas de gentrificación en la ciudad neoliberal nuevas clases medias, producción cultural y gestión del espacio público. El caso de Lavapiés en el centro histórico de Madrid*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Serra, P. (2008), “Las asociaciones de comerciantes como actores para la convivencia: el caso de Ciutat Vella (Barcelona)”, en Zapata Barrero, E. y Solé, C., Parella, S. y Cavalcanti, L. (2007), *El empresariado inmigrante en España*, Barcelona, Fundació la Caixa.
- Simó, C. (2006), “El impacto de la inmigración en la transformación demográfica de nuestras sociedades”, en Simó, C. y Torres F. (eds.), *La participación de los inmigrantes en el ámbito local*, Valencia, Editorial Tirant lo Blanch.
- Simon, P. (1998), “Le modèle de la mosaïque: la cohabitation interethnique et interclasse à Belleville, Paris”, en *Séminaire thématique: logement et vie de quartier*, Metropolis an II, Montréal, Immigration et métropolis.
- Schnapper, D. (1998), *La relation à l'autre. Au cœur de la pensée sociologique*, Paris, Gallimard.
- Tapada-Berteli, T. y Arbaci, S. (2011), “Proyectos de regeneración urbana en Barcelona contra la segregación socioespacial (1986-2009): ¿solución o mito?”, *Ace. Arquitectura, Ciudad y Entorno*, 17:187-222.
- Tejerina, B. (2013), “Lógicas colectivas, étnicas e individuales en barrios multiculturales: diversidad cultural e identidad en la España contemporánea”, *Amnis* [en línea], consultado el 21 de agosto de 2014. URL: <http://amnis.revues.org/2056>.
- Torres F. (2006), “Las dinámicas de la convivencia en un barrio multicultural. El caso de Russafa (Valencia)”, *Papeles del CEIC*, 23(1) [en línea], <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/23.pdf>.
- Torres, F. (2007), *Nous veïns a la ciutat. Els immigrants a València i Russafa*, València, PUV.
- Torres, F. (2009), “La inserción residencial de los inmigrantes en la costa mediterránea española. 1998-2007. Copresencia residencial, segregación y contexto local”, *Áreas. Revista de Ciencias Sociales*, 28, 73-87.
- Torres, F. (2014), “Crisis y estrategias de los inmigrantes en España: el acento latino”, *Revista Cidob d'afers Internacionals*, 106-07, 215-236.
- Torres, F. y Moncusí, A. (2012), “Más allá de la concentración étnica: vivir juntos en dos barrios de Valencia”, *VI Congreso sobre Migraciones Internacionales*, Bilbao, abril de 2012.
- Torres, F., Moncusí, A., y Esteban, F. O. (2013), “Ciudadanía, convivencia multicultural y crisis. Análisis comparativo de dos barrios de Valencia”, *XI Congreso Español de Sociología*, Madrid.
- Toubon, J. C. y Messamah, K. (1991), *Centralité immigrée. Le quartier de la Goutte-d'Or*, Paris, L'Harmattan.
- Van Dijk, T. (1997), *Discourse as structure and process*, London, Sage.

- Van Kempen, R. y Ösüekren, S. (1998), "Ethnic segregation in cities: new forms and explanations in a dynamic world", *Urban Studies* 35, 1.631-1.656.
- Wacquant, L. (2001), *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires, Manantial.
- Wacquant, L. (2007), *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- White, J. (1983), "The Measurement of Spatial Segregation", *American Journal of Sociology* 88, 1.008-1.018.